

x-rite

colorchecker CLASSIC



1mm

PESTALOZZI

Y LA
EDUCACIÓN ELEMENTAL

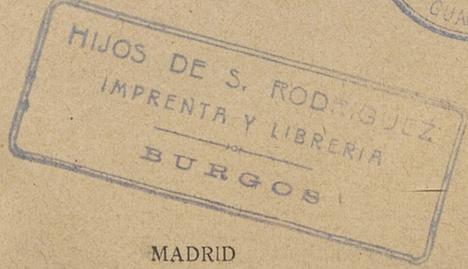


GABRIEL COMPAÏRÉ

TRADUCCIÓN, APÉNDICE Y BIBLIOGRAFÍA

POR

ANGEL DO REGO



MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48
1909

Compayre
Peralozzi
y la
Educación
Elemental

13312

DONACIÓN

Sig 13312

PESTALOZZI

Y LA

EDUCACIÓN ELEMENTAL

c. b 1134823

Obras de M. Compayré en castellano

Curso de Pedagogía teórica y práctica. Un vol. en 12.º

Historia de la Pedagogía. Un vol. en 12.º

Psicología teórica y práctica aplicada á la educación.

Un vol. en 12.º

Rousseau y la educación de la Naturaleza. Un vol. en 12.º,

1 peseta.

PESTALOZZI

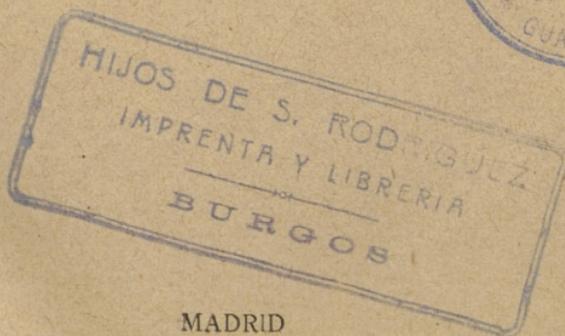
Y LA
EDUCACIÓN ELEMENTAL

GABRIEL COMPAYRÉ

TRADUCCIÓN, APÉNDICE Y BIBLIOGRAFÍA

POR

ANGEL DO REGO



MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

48, Preciados, 48

1909



PRÓLOGO

Al inscribir el nombre de Pestalozzi en la lista de los grandes educadores, rendimos un justo homenaje á un hombre de corazón, á un hombre de acción, excelente entre todos, que no es aún bastante conocido, al que algunas veces se ha desacreditado y denigrado, y al que también, quizá, se ha ensalzado con exceso; pero que, imparcialmente juzgado, merece uno de los primeros puestos en el libro de oro de la historia de la educación.

¿No es de él de quien ha dicho el inglés Andrés Bell, á pesar de no estimar sus métodos de instrucción, que era «un hombre bueno, entusiasta y genial?» ¿No es también á él al que Diesterweg saludaba como al «padre de la escuela del pueblo?»

Pestalozzi ha sido el continuador directo de Rousseau. J.-P. Richter, en su *Levana*, escribía en 1806: «Y ahora Pestalozzi continúa en el pueblo la obra de Rousseau». Pero mientras el autor del *Emilio* no tuvo más que un discípulo, y éste imaginario, Pestalozzi educó millares de niños; además formó maestros del mismo modo

que instruyó á sus discípulos. Ejerció sobre la educación de su tiempo un influjo extraordinario, que se ha mantenido durante todo el curso del siglo pasado. En 1861, la Sociedad de maestros comunales de Berlín no vaciló en hacer la siguiente manifestación: «Estamos convencidos de que los excelentes resultados obtenidos hasta ahora en nuestras escuelas, á pesar de los reglamentos oficiales (los famosos *Regulative*, de 1853), se deben, en su inmensa mayoría, al magisterio formado según los principios de Pestalozzi».

Pestalozzi es, ciertamente, sin disputa alguna, el creador, si no por el hecho, por la idea, de la escuela moderna, el promovedor de la pedagogía contemporánea. El imaginó y él quiso la escuela universal, gratuita, láica, accesible á todos los niños, ricos ó pobres, como la iglesia ó el templo están abiertos á los hombres de cualquier condición. Y para preparar la realización de su sueño, dedicó y sacrificó su existencia. No vivió más que para los demás. Pasó su vida arruinándose, despojándose, agotándose el cuerpo y el alma en servicio de la humanidad desgraciada y pobre. Dedicó, sobre todo á los humildes y á los pequeños, los sentimientos de su corazón y los esfuerzos de su actividad, enamorado de los derechos y la libertad del pueblo y de su virtud y felicidad.

Al elegir el subtítulo de este estudio, hubiéramos podido poner también el de *Pestalozzi y la educación popular*. Pero no era, sin embargo, sólo

al pueblo á quien se dirigía; y en su espíritu no debió existir más que una educación idéntica, una instrucción común para los hijos de la clase media y para los de los obreros y campesinos. Del mismo modo, si se tiene en cuenta uno de los principios esenciales de su método, no hubiera sido inexacto decir: *Pestalozzi y la educación intuitiva*, puesto que es el verdadero iniciador de la «Lecciones de cosas». Si nosotros hemos preferido definir de otra manera el carácter de su obra, es porque la intuición, aun dada la importancia que él la concede, no es, sin embargo, el punto de partida de su sistema de enseñanza. Creemos haber respondido mejor á su pensamiento, al mismo tiempo que nos conformamos con su propio lenguaje, concediéndole una autoridad especial sobre la *educación elemental*, la que se refiere á la primera iniciación del niño en la ciencia y en la virtud. La «educación elemental» es el objeto constante de la actividad infatigable de Pestalozzi. No ha trabajado, cuando ha podido hacerlo siguiendo su inspiración y siempre que las circunstancias no le han impuesto un papel contrario á su voluntad, no ha trabajado, decimos, más que por la infancia. No ha sobresalido más que en el arte de educar á la infancia en la vida intelectual y moral. «Lo que en mis aspiraciones, decía, me pertenece propiamente, data de los primeros entusiasmos de mi juventud por el pueblo y por la infancia». En su última obra, *El Canto del Cisne*, consagra doscientas páginas á un amplio análisis

de la idea de la *Elementarbildung*. En el discurso que preparaba poco antes de su muerte, para la Sociedad Helvética, que le había nombrado su Presidente, vuelve á insistir aún acerca de lo que constituye la idea de la «educación elemental».

Su verdadera gloria ha sido no apetecer más que un solo empleo en el mundo: el de maestro de escuela. En ésta hubiera querido pasar toda su vida. Cerca de la escuela desea dormir su último sueño. «Quiero que se me entierre bajo el alero de una escuela; que se inscriba mi nombre en la piedra que recubrirá mis cenizas; y cuando la lluvia del cielo la haya desgastado y roto por la mitad, entonces, tal vez, los hombres se mostrarán más justos para mí que lo han sido durante toda mi vida...».

La invocación que desde lo más profundo de sus tristezas y de sus desgracias dirigía Pestalozzi á las generaciones futuras para reparar la injusticia de alguno de sus contemporáneos, ha sido escuchada. Si la vida le fué dura, la posteridad le ha sido cariñosa; por esto, y para contribuir por nuestra parte al homenaje de gratitud y de admiración que se le debe, es por lo que hemos escrito estas pocas páginas que, á pesar de su brevedad, presentan el cuadro casi completo de las peripecias de su carrera y de su vida heroica é inmortal.

PESTALOZZI

I

«Para estudiar á Pestalozzi hay que acudir á Herbart» ha dicho un autor alemán, el Dr. Mager, del mismo modo que se estudia Sócrates en las obras de Platón. En efecto, si queremos seguir en su desarrollo filosófico algunas de las concepciones de Pestalozzi, es, tal vez, á Herbart á quien debemos dirigirnos. En 1799 visitó á Pestalozzi en su escuela de Burgdorf; vió su obra, y no es posible negar que, sobre ciertos puntos, se ha inspirado en los principios del método pestalozziano, de que habló favorablemente en tres opúsculos publicados desde 1802 á 1804 (1). Sin embargo, sería forzar las cosas tratar de establecer, del uno al otro, la filiación de maestro á discípulo, y pretender aproximar estrechamente dos espíritus que apenas se pare-

(1) El más importante de estos tres opúsculos, se titula «*Pestalozzi's Idee eines A B C des Anschauungsunterrichts und wissenschaftlich ausgeführt*» Göttingen, 1802.

cen: un teórico profundo y delicado y un educador sentimental y entusiasta. Si Pestalozzi, antes de morir, hubiese tenido tiempo de leer las obras de Herbart, (pues nos dice que no había abierto un libro en los últimos cincuenta años de su vida) si hubiese conocido la *Pedagogía general*, que data de 1806, es probable que hubiese exclamado, poco más ó menos, como Sócrates á propósito de Platón: «Qué cosas más hermosas imagina este joven en las que yo jamás pensé»...

Pestalozzi merece ser estudiado en sí mismo, en su carácter, en su vida y en sus actos. Si el gran maestro suizo debe á Rousseau una parte de su inspiración, no deja por eso de ser un iniciador y un innovador, y, por otra parte, si su doctrina ha quedado incompleta y confusa, no es por carecer de valor propio. Debemos añadir que con frecuencia se la ha desfigurado al comentarla y al tratar de interpretarla. Y, en un cierto sentido, séanos permitido volver al aforismo, antes citado, y decir: «Para comprender á Herbart y á los demás filósofos de la educación, conviene conocer primeramente á Pestalozzi».

Michelet, en *Nos fils*, le saluda como uno de los evangelistas de la pedagogía moderna. Hebert Quick, en sus *Educational Reformers*, declara que ha sido «el más célebre de los reformadores de la educación». Carlos Schmidt, en su *Geschichte der Erziehung*, le llama «el rey de la pedagogía, el profeta de la educación moderna». No creo que la historia de la educación pueda

presentar una figura tan original, una fisonomía tan atractiva, un ejemplo semejante de abnegación apasionada por la educación del pueblo. Su larga vida de ochenta años estuvo dominada por un solo pensamiento: la regeneración de la humanidad por la instrucción. «No he querido durante toda mi vida, escribía en 1801, y no quiero aún más que una sola cosa: el bien del pueblo que amo y del que siento la miseria como pocos hombres la sienten». Él mismo fué un miserable. Y su existencia heroica de sufrimientos, de humillaciones y de sacrificios, traspasa, en su triste realidad, todo lo que han podido imaginar en nuestros días los novelistas de la escuela, cuando refieren los infortunios de *Jean Coste* ó los de la *Institutrice de village*.

No fué únicamente un pedagogo de gabinete, construyendo tranquilamente sobre el papel proyectos de reforma sin tomarse el trabajo de aplicarlos. No se ha contentado, como Rousseau, con una simple filantropía platónica, que no se manifiesta más que con hermosas palabras. Fué, ante todo, un hombre de acción, un maestro militante; y no es falta suya el no haber sido durante toda su vida un simple maestro de escuela. No se ha inquietado únicamente del progreso de la instrucción por la instrucción misma. Ha trabajado, ha laborado, ha sufrido por la felicidad de los hombres. Ha querido preparar una humanidad más instruída, para que fuese más virtuosa y más feliz. Se le definiría, con bastante exactitud, diciendo que ha sido un

filántropo de la pedagogía, un San Vicente de Paul de la educación.

Para darse cuenta inmediata de la acción que ha ejercido tal pedagogo, del que el profesor inglés José Payne ha podido decir que «de todos los educadores es aquél cuyo influjo ha sido el más profundo y el más penetrante», bastaría recorrer la enorme lista de obras que biógrafos y críticos inteligentes han compuesto sobre su vida y sobre su obra. Nada más que con los libros pestalozzianos se formaría una rica biblioteca. Alemania le ha consagrado centenares de volúmenes. En Francia, en realidad, se ha pronunciado su nombre con más frecuencia que se han estudiado sus ideas. No es posible olvidar, que ya en vida, mientras que Fichte, en sus famosos *Discursos á la nación alemana* declaraba que de la aplicación de los métodos pestalozzianos esperaba la salud y la regeneración de su país, voces francesas se elevaban también en honor de Pestalozzi. Mme. de Staël escribía en 1810, en su libro, *De l'Allemagne*: que «la escuela de Pestalozzi es una de las mejores instituciones del siglo»; y algunos años antes, en 1807, Maine de Biran, en aquella época subprefecto de Bergerac, se esforzaba por introducir y aclimatar, en las escuelas de la Dordogne, el método nuevo, al que prestaba una gran atención.

Á pesar de los cien años transcurridos, la fama de Pestalozzi no se ha obscurecido. Su gloria se extiende, sobre todo en su patria, donde es objeto de una especie de culto. Y aún al parecer,

en estos últimos años los homenajes que se le han tributado han tenido una recrudescencia y una resurrección. El 12 de Enero de 1846, día del aniversario de su nacimiento, sus compatriotas le elevaron en Birr, en Argovia, el primer monumento de su gratitud. Desde hace veinte años los testimonios de admiración se han multiplicado; en Zurich y en Yverdon se le han erigido estatuas; en Burgdorf, se ha consagrado á su recuerdo un medallón y una placa conmemorativa; en Zurich, también, bajo el patronato de su nombre, se ha instituído, hacia 1875, el Museo Escolar, el *Pestalozzianum*. Y á estos monumentos que perpetúan su memoria hay que añadir los pequeños testimonios, no por eso menos significativos, que demuestran que la ternura popular va siempre hacia él. En Zurich entro en una librería; encuentro tarjetas postales adornadas con su retrato. Me siento á la mesa, en un *restaurant*: el *menú* de la comida representa algunas escenas de su vida escolar... En el *Pestalozzianum*, al lado de sus manuscritos, de sus libros, veo algunas de sus reliquias, recogidas por manos piadosas: su bastón, su tabaquera, un mechón de pelo, su diploma de Doctor de la Universidad de Breslau concedido en 1817... Pero lo que vale más todavía que todos estos monumentos materiales, es que la acción de su pensamiento está siempre viva y que circula de escuela en escuela. Lo que ha contribuído, en estos últimos tiempos, á renovar su popularidad, son los hermosos trabajos de

M. L.-W. Seyffarth que, después de haber publicado, de 1869 á 1872, una edición completa de las obras de Pestalozzi, está en vías de dar una nueva en que ha reunido un cierto número de escritos todavía inéditos é importantes.

II

Zurich, en la época en que Pestalozzi hacía sus estudios, era un foco intenso de vida intelectual. Nunca «la Atenas de la Limmat», como se la llama algunas veces, había merecido tanto como entonces este título un poco pretencioso. Era el tiempo en que Zurich rivalizaba con Leipzig, y Bodmer con Gottsched; en que los escritores de Zurich se hacían admirar. Gessner en 1756, publicaba sus *Idilios*; en 1767, Lavater, el amigo de Pestalozzi, componía sus *Cantos suizos*, ensayo de poesía lírica popular. En este mismo tiempo Zurich era el sitio de cita de los poetas de Alemania. Allí estuvo Wieland, en 1753, gracias á la hospitalidad de Bodmer; y antes que él, en 1750, Klopstock, fué recibido como un vencedor: rodeado de nueve muchachos y de nueve muchachas, tantas como Musas, daba, en una barca adornada con flores, sobre un lago encantador, paseos sentimentales, leyendo á sus admiradores embelesados fragmentos inéditos de su *Mesiada*.

Pero, sobre todo, era el tiempo en que un soplo de libertad agitaba los espíritus. El *Contrato social* y el *Emilio* se leían con pasión. Pestalozzi estaba entusiasmado con su lectura; siempre permaneció fiel hasta en sus últimos días á esta pasión de la juventud, de tal modo, que en 1826, escribía: «Rousseau rompió con la fuerza de un Hércules las pesadas cadenas del espíritu humano; entregó el niño á sí propio, y la educación á la naturaleza». Cuando Ginebra, imitando la intolerancia del Parlamento de París, condenó y expulsó á Rousseau, Zurich le protegió. La juventud universitaria animada por sus mismos profesores, se agrupaba en sociedades de estudio y de reformas políticas ó sociales. Aparecían libelos anónimos en que se atacaba con ardor á los concejales, jueces y aún á ciertos ministros de la religión. Pestalozzi creció en este medio apasionado. Algunos años más tarde le servirá de modelo para el héroe del mal, de su novela *Leonardo y Gertrudis*, un juez perverso. Á los veinte años se había entregado por completo á las ideas nuevas. Pasaba por un revolucionario. Con algunos amigos, los «patriotas» como se les llamaba, Lavater entre otros, fué perseguido por tomar parte en un falso complot contra la seguridad del Estado. Mientras que el gobierno de Zurich deportaba á uno de estos inocentes conspiradores, culpable solamente de haber denunciado las malversaciones del juez Grebel y del concejal Brunner y la mala conducta del pastor Hottin-

ger, otros, entre ellos Pestalozzi, fueron presos juzgados y condenados á pagar una multa.

De estas luchas apasionadas de su juventud, sacó Pestalozzi la fé democrática que le animó durante toda su vida é hicieron de él, el infatigable defensor de los pobres y menesterosos, contra los abusos de los grandes. Pero otros influjos contribuyeron también á formar su noble carácter. El medio familiar, mucho más todavía que el ambiente social, influyó sobre su corazón. Á los seis años, perdió á su padre que ejercía la medicina en Zurich. Fué, ante todo, hijo de su madre. Rousseau había sido mal educado por un padre extravagante y apático; Pestalozzi, lo fué bien por una madre inteligente y buena. Á ésto se debe, en parte, la diferencia de sus caracteres y de sus destinos. Habiéndose quedado sin fortuna, con una hija y dos hijos, la pobre viuda se consagró por completo á su educación. Fué ayudada por una criada de una abnegación admirable, la fiel Babeli, que había prometido al padre moribundo (y cumplió su promesa) no abandonar jamás la familia mientras ella viviese. En este humilde hogar, bajo esta cuidadosa y tierna vigilancia, el niño adquirió desde muy pequeño las virtudes de sencillez y frugalidad, que fueron, con frecuencia, ya hombre, duras necesidades en su vida dolorosa. Allí adquirió también una inalterable fuerza de sentimientos. También de allí, con todas estas cualidades, se derivaron quizás algunos de los defectos de su alma incompleta, más bien sensible que

reflexiva. El sentido práctico le faltó muchas veces. En 1765, su amigo Bluntschli, que murió á los veinticinco años, le decía: «No te metas jamás en una empresa, sin tener á tu lado un hombre cuya experiencia y fría razón te defiendan de los peligros á que te expondrán tu bondad y tu crédula confianza». Uno de sus colaboradores de sus últimos días, Niederer, ha dicho que en él se juntaban la voluntad perseverante de un hombre, el valor de un héroe, la sensibilidad y la delicadeza de una mujer y la sencillez de un niño.

Los estudios de Pestalozzi fueron de los más serios. Renunció pronto á la teología y al estado eclesiástico que al principio le sedujeron. Lo que sin duda le hizo variar, fué el espíritu de libertad que sacó de la lectura de Rousseau, más bien que la pretendida desgracia de un sermón malogrado: se dice, en efecto, que se quedó cortado á las primeras palabras de su discurso. Después se inclinó al estudio del derecho á fin de adquirir los conocimientos necesarios al hombre político, al reformador social que aspiraba ser. Leía con amor los autores de la antigüedad y comentó la legislación de Esparta en un pequeño estudio que hizo á los veinte años.

Pero no eran solamente las lecturas clásicas ó los sueños teóricos lo que preparaban en él al ciudadano libre, al amigo de la humanidad. Las circunstancias de su vida le proporcionaron una experiencia precoz de las realidades sociales. Pasaba sus vacaciones en el campo, ya en Höngg,

en casa de su abuelo paterno, el pastor Pestalozzi, ya en casa de su tío materno, el médico Hotze, en Richtersweil. En su compañía visitaba los pobres y los enfermos. Veía de cerca los sufrimientos del pueblo. Escuchaba las quejas de los labradores. La piedad penetró en su corazón de adolescente para no salir jamás. Si es cierto que la personalidad humana es, en gran parte, el reflejo del medio en que se desenvuelve, no debe olvidarse que Pestalozzi pasó su juventud en medio de gentes honradas, que creció en una atmósfera de probidad de que dió muestras durante toda su vida.

Un día, muy joven, teniendo algún dinero en el bolsillo, entró á comprar dulces en la tienda de uno de sus vecinos, confitero en Zurich. La muchacha que despachaba, la propia hija del amo, la que algunos años más tarde había de ser su mujer, Ana Schulthess, comprendiendo bastante mal, al parecer, sus intereses de comerciante, disuadió al muchacho de satisfacer su glotonería y le obligó á conservar su dinero para un empleo más útil. Una de las primeras lecciones de templanza que había de servirle, la recibió así de la que, durante cuarenta y seis años, de 1769 á 1815, había de participar de sus esperanzas y de sus decepciones, y había de asociarse á sus alegrías, demasiado raras, y á la larga serie de sus dolores. Pero la misma Ana Schulthess no dejaba de tener sus defectos: era algo coqueta; y Pestalozzi tal vez presenció la conversación que una vez sostuvo con Bluntschli, amigo de

ambos. Ana preguntaba á éste su opinión acerca de un elegante juego de cintas con que deseaba adornarse. Bluntschli la respondió severamente: «Mientras que vuestra vecina tenga más necesidad de un taler para vivir que vos de ese perifollo, debéis dar á vuestro dinero un empleo más adecuado...»

Los dulces y sanos influjos de la vida de familia se continuaron para Pestalozzi en el hogar conyugal. Su mujer fué digna de él. Su matrimonio fué un matrimonio de almas. Las cartas que se escribieron se conservan y jamás ha habido novios que se hayan escrito en el tono que ellos lo hicieron. Lejos de hacerse valer, Pestalozzi detallaba con complacencia todos sus defectos, su carácter distraído, su desaliño, y aún su escaso atractivo exterior. Sus declaraciones de amor parecen más bien la confesión de un pecador. Exhortaba á Ana á reflexionar bien antes de tomar una resolución. Le decía cuan imprevisor era, que no tenía ninguna presencia de espíritu, que era sensible á la desgracia de los demás, hasta el punto de ser él mismo desgraciado y de perder por completo la serenidad del alma; le advertía que sería ciudadano antes que esposo, que tendría que sufrir, que le sería necesario aprender á sacrificar la familia, los intereses personales y egoistas, por los intereses supremos de la humanidad. En una palabra, trazaba el programa de su vida. Pero Ana tenía también un corazón noble. No concedía importancia á una corbata mal anudada, dando á en-

tender á Pestalozzi que había advertido muy bien que no era precisamente hermoso, y que la naturaleza hubiera sido ingrata con él «si no le hubiera dado unos grandes ojos negros en los que leía la bondad de su alma seria y fuerte»; ella no vaciló un momento; comprometió su palabra á pesar de la resistencia de sus padres, á pesar de las lágrimas de su madre que le decía (y no se equivocaba): «Tendrás que resignarte con las privaciones; tendrás que contentarte con pan y agua...»

Casado á los veintitrés años, en 1769, Pestalozzi fué padre un año después; y si las ideas filantrópicas ya habían despertado en él al educador, su amor paternal acabó de determinar su vocación. Si llegó á ser maestro, fué porque amó mucho á la humanidad y por esto también quiso tan tiernamente á su único hijo. Su primer sueño, que le duró hasta la muerte, fué el de consolar y regenerar á los hombres, sobre todo á los pobres, por medio de la instrucción y la educación. A los veinte años, periodista de iniciativas, entre los deseos que formulaba por el engrandecimiento del pueblo, había dicho «que era necesario que alguien redactase con sencillez, principios de educación al alcance de todo el mundo». El fué, ya padre, quien respondió á este llamamiento, ó por lo menos quien lo intentó, anotando en el *Diario* íntimo que redactó en 1774, los resultados de la educación de su hijo Jaqueli. Esta educación fué su primera experiencia pedagógica, á la que no llevó ninguna

idea preconcebida. Durante toda su vida no fué más que el experimentador que busca la verdad trabajando, enseñando, sin espíritu de sistema, sin un plan decidido con anterioridad.

Con Jaqueli observa, duda, vacila; yacilará siempre. Oscila entre el principio de autoridad y el de libertad. Sin embargo, la mayor parte de las ideas que dominan en su pedagogía, están ya en germen en este primer ensayo: no apresurarse, hacer ver, hacer entender, desarrollar los sentidos, tomar la naturaleza como guía, enseñar las cosas antes que las palabras, respetar la libertad nativa del niño... «Es un obstáculo inmenso para llegar á la verdad, saber palabras que no responden á ideas precisas». «Toda la instrucción no vale un céntimo si hace perder al niño su valor y su alegría». Más tarde escribe «La risa es un don de Dios; dejad reír al niño, conservarle la alegría». La imitación de Rousseau es visible: á los once años, Jaqueli, como Emilio, lee y escribe con trabajo (1). Ejercita sus sentidos más que su memoria y que su juicio. Su educación es principalmente negativa, sometida á las necesidades de la naturaleza

(1) Jaqueli fué enviado á un colegio de Basilea. No respondió á las esperanzas de su padre. Muy enfermizo desde su infancia, murió joven, en 1800, dejando un hijo, Gottlieb, que fué el consueio de los últimos días de su abuelo. Gottlieb, colocado primeramente de aprendiz de curtidor, entró en Yverdon en 1817. Se casó con una hermana de Schmid.

y no á la voluntad de los hombres. El buen sentido de Pestalozzi, advirtió, sin embargo, lo que había de quimérico en las utopías de Rousseau. La experiencia de las cosas le enseñó que es necesario, muchas veces, contrariar la naturaleza. Impuso á Jaqueli horas de trabajo regular. Le encerraba, á los cuatro años, para obligarle á estudiar. Si encuentra motivos para la libertad, invoca otros para la obediencia. Del mismo modo, infiel también en este punto á los principios de Rousseau, no consiente en dejar dormir en el niño los sentimientos afectuosos y así, lo que más se esfuerza en desenvolver en Jaqueli, es el corazón.

«No quiero ser más que maestro de escuela» decía Pestalozzi, veinte años después, á varios amigos suyos que la Revolución helvética de 1798 había llevado al poder y que le ofrecían funciones administrativas, empleos lucrativos. Ser maestro de escuela era su verdadera vocación; toda su vida soñó con ser maestro, y no lo fué más que durante poco tiempo. Las circunstancias, los acontecimientos turbaron muchas veces la larga carrera en que vamos á seguirle y le separaron del cumplimiento de su deseo. La misma educación de su hijo, que había comenzado con tanto amor, no pudo continuarla, al menos en las mismas condiciones, en el aislamiento é intimidad de la vida doméstica. Poco después de 1775 se abrió la escuela para los pobres de Neuuhof; en ella Pestalozzi dió todo su corazón á los pequeños desgraciados que había

recogido y, más aún todavía, les dió por compañero á su querido hijo Jaqueli, para demostrar que él era el padre de todos ellos.

III

Neuhof, Stanz, Burgdorf, Yverdon, son las cuatro etapas del apostolado pedagógico de Pestalozzi ó como si dijéramos las cuatro estaciones de su Calvario; porque en la sombría tristeza de su existencia, los días de alegría y de paz no fueron más que relámpagos fugitivos. En Neuhof comenzaron sus desgracias.

En 1768 Pestalozzi abandona Zurich para establecerse en el Cantón de Argovia, en pleno campo: lo hizo impulsado por varias razones. Primeramente le atraía el amor de los campos: como Rousseau, odiaba á las ciudades y voluntariamente hubiera suscrito el aforismo: *omne malum ex urbe*. Además, se trataba para él de encontrar una profesión que le diese los medios de vivir. Creía ingenuamente que su destino era el de hacerse agricultor y con esta intención se instaló cerca de Birr. Después de un establecimiento provisional, hizo construir una casa modesta que llamó Neuhof «la granja nueva». Se estableció allí, primeramente con su madre y poco después con su mujer. Llegaba lleno de esperanzas é ilusiones. Contaba con que

cultivando tierras hasta entonces estériles, llegaría á hacer su fortuna. Hizo un rápido aprendizaje técnico en casa de Tschiffeli, agrónomo del cantón de Berna. Volvió con las manos llenas de callos, como las de un labrador, y además con un pequeño bagaje de nociones agronómicas. Provisto de tan frescos conocimientos, se hacía ilusiones acerca de la explotación fructífera de su dominio rural y de la conquista de su independencia. «Llegaré á ser independiente del mundo entero». Por medio de nuevos procedimientos de cultivo, plantando rubia, cultivando la jardinería, pensaba llegar á fertilizar algunas hectáreas de tierra de mala calidad que había comprado á buen precio; de la misma manera que más tarde soñó con moralizar y con transformar las naturalezas ingratas de los niños, por medio de sus métodos personales de instrucción.

Pero no era el único cuidado de sus intereses materiales lo que hacía de Pestalozzi un rural. El joven patriota de Zurich, no había dicho adios á sus aspiraciones de reformador. Si iba al pueblo del campo, era por simpatía hacia la miseria de los trabajadores rurales. Muy niño había dicho: «Cuando sea grande, defenderé á las gentes rurales». Y quería ahora mantener su palabra y buscar los medios de remediar la pobreza, de iluminar la ignorancia de los habitantes de la campiña. Este primer pensamiento de llegar á ser un educador de aldea, se ve claramente en lo que escribía á su prometida, en 1768,

para decidirla á seguirle y abandonar Zurich: «Es necesario, decía, establecer nuestra choza lejos de ese foco del vicio... Cuando esté en el campo y vea un niño que anuncie una alma grande y al que le falte pan, le tomaré á mi cargo y haré de él un buen ciudadano». Y como Ana Schulthess, y sus padres sobre todo, se inquietasen de la suerte que le reservaba una empresa tan aventurera, invocaba las altas razones morales de los servicios que hay que prestar á los pobres y á la humanidad: «Para servir á nuestros conciudadanos ¿no es nuestro deber limitar nuestras necesidades personales? Me conformaré con agua pura para poder dar, en cambio, á los necesitados la leche que tanto me gusta».

Y ésto es lo que llegó á suceder. Neuhof, no fué mucho tiempo una señcilla explotación agrícola. Apesar de un trabajo duro y de prodigios de economía, el fracaso fué total al cabo de algunos años. La bancarrota, inminente. En vano amigos generosos, que acabaron por cansarse, le habían adelantado dinero. En vano su mujer había comprometido la mayor parte de su dote. Tuvo que luchar mucho y trabajar él mismo. En 1775, la ruina era completa. Fué necesario vender los campos sobre los que había fundado tan ilusorias esperanzas, y de los que esperaba rendimientos y rentas extraordinarias. Todos sus recursos estaban agotados. No le quedó más que la propiedad de la casa y de algunos pedazos de tierra. Y el infortunado grande hom-

bre debió, por primera vez, decirse. «El sueño de mi vida se ha desvanecido».

Pero si la empresa agrícola de Neuhof tuvo un desastre financiero, sin embargo, dió lugar á un gran triunfo moral. Arruinado, y habiéndolo perdido casi todo, ¿qué hizo Pestalozzi? Abrió un asilo para los niños pobres. ¡Él, que era tan pobre como desgraciados los niños que hospedaba, que alimentaba, que vestía, quiso también instruirlos y educarlos! Partía con ellos el poco pan que tenía. Nunca se ha llevado más lejos el espíritu de sacrificio. Pestalozzi, en recuerdo de este esfuerzo de caridad, pudo decir: «Yo mismo he vivido como un mendigo, para enseñar á los mendigos á vivir como hombres».

El éxito pareció en un principio favorecer este rasgo audaz. El asilo se abrió con una veintena de niños. El número aumentó en seguida sin llegar á exceder de un centenar. La mayor parte eran vagabundos, que «el angel de la beneficencia», como le llamó Mme. de Krudner, recogía de los caminos, al azar y sin preferencia. ¿No tenían mayor necesidad de su ayuda y de sus cuidados, cuánto más viciosos y miserables eran? Muchachas ó muchachos, su edad variaba de los diez á los veinte años. Algunos eran hijos naturales, sin familia. Entre ellos había hijos de presidarios. Llegaban cubiertos de harapos y miseria. Nunca se ofreció á los esfuerzos de ningún educador materia más ingrata. «Eran, decía él mismo, muestras de la humanidad más ínfima».

Pestalozzi distribuía el tiempo de estos singu-

lares alumnos, entre los trabajos manuales y algunos ejercicios intelectuales: lecciones de lenguaje, explicaciones morales y religiosas: «No se les dejaba olvidar á Dios, su Padre, su Salvador», y esto era todo lo que se hacía por el espíritu. Durante la mayor parte del día los niños estaban ocupados en el jardín ó en los campos, ó empleados en trabajos industriales. Porque Pestalozzi, hombre de iniciativas, había unido á su granja una quesería y también una fábrica de hilados. En la buena estación se trabajaba al aire libre; en los días malos y de invierno se hilaba el algodón. Pestalozzi se había asociado con un cierto número de obreros tejedores y de otros oficios. Esto era la aplicación de una de las ideas fundamentales de su pedagogía: la asociación del trabajo manual á la instrucción elemental. La escuela sin taller, la escuela que no es al mismo tiempo el aprendizaje para obtener medios de subsistencia, le parecía un contrasentido (1).

No es posible creer, claro está, que de la escuela de Neuuhof, con semejante reclutamiento, que la convertía en una especie de escuela para anormales, hayan podido salir hombres distinguidos. Se cita, sin embargo, uno, el pintor Gottfried, célebre bajo el pseudónimo de «el Rafael de los gatos». ¿Qué hacer con alumnos, so-

(1) Esta es la idea que expuso, desde entonces, en sus *Cartas sobre la educación de la juventud pobre de los campos*, edición Seyffarth, tomo, VIII.

bre los que Pestalozzi, en una nota publicada en 1778, nos da noticias tales como ésta? «Bárbara Brunner tiene diez y siete años; ha llegado en un estado de completa ignorancia y de extrema insociabilidad...» Otra ofrecía todos los caracteres de un «embrutecimiento inconcebible». Los muchachos no valían mucho más. Pestalozzi nos los pinta astutos, desconfiados, aturcidos, extenuados por la miseria, habituados á la holgazanería. Sin embargo, no es dudoso que la acción bienhechora de un educador apasionado y entusiasta no haya tenido un influjo feliz sobre el carácter de algunas de estas pobres criaturas, que él disputaba á los malos instintos de su naturaleza y á los hábitos depravados de su infancia. Muy preocupado de no educarlos por encima de su condición futura, pensaba menos en instruirlos que en regenerarlos moralmente. Al cabo de algunos meses, varios al menos de estos seres degenerados, estaban como transformados. Habían entrado en el asilo en completo estado de miseria moral, y salían, sino curados de todos sus defectos morales, por lo menos sensiblemente mejorados y capaces de ganar honradamente su vida.

El ensayo pedagógico de Neu Hof debía, no obstante, fracasar como había fracasado la empresa agrícola. El establecimiento atravesó graves crisis, seguidas de algunos momentos de esperanza. En 1778, Pestalozzi escribía: «Después de una miseria que excede á todo lo que se pueda imaginar, mi establecimiento está salvado».

En efecto, bienhechores generosos habían venido en su ayuda. Desde los comienzos, en 1776, el filántropo Iselin, de Basilea, que fué para él «un verdadero padre», había recomendado «á los amigos de la humanidad» este interesante ensayo de regeneración del proletariado. Algunas suscripciones retrasaron la ruina final. Por otra parte, una mujer de corazón, una humilde criada, Isabel Näf (1), vino á prestar sus servicios á Pestalozzi, á establecer un poco de orden en una casa en la que las enfermedades ó las ausencias de Mme. Pestalozzi, dejaban en el abandono. Isabel Näf, como Babeli, era el tipo de esas mujeres de pueblo que un instinto admirable de abnegación une para toda la vida á una familia desgraciada. Pestalozzi decía de Isabel: «Yo me removeré, yo me agitaré en mi tumba, y no seré feliz, ni aún en el cielo, si no sé que después de

(1) Isabel Näf se casó, en 1802, con Matías Krusi, hermano del primer colaborador de Pestalozzi. Le sirvió de modelo para la mujer ideal personificada en Gertrudis, de la que Pestalozzi decía, comparándola, un poco enfáticamente con el Sol: «Lector, yo querría enseñarte una imagen sensible de esta mujer, á fin de que su actividad silenciosa fuese comprendida y admirada. Lo que voy á decir es enorme, pero me atrevo á ello: así como el sol de Dios camina de la mañana á la noche... y cuando se acuesta, tú sabes que él se levantará de nuevo á la mañana siguiente para calentar la tierra... Este gran sol que vivifica la tierra, es la imagen de Gertrudis y de toda mujer que hace de su hogar el santuario de Dios»...

mi muerte se la honra más que á mí mismo... Sin ella, hace mucho tiempo que yo no existiría»...

Pero las dificultades de dinero se multiplicaban. Siempre dispuesto á la ilusión, Pestalozzi había pensado que el trabajo de los alumnos bastaría para cubrir los gastos de su sostenimiento. Él mismo iba á los mercados, á las ferias, á vender sus algodones y su hilo. Pero los ingresos eran completamente insuficientes. Por otro lado, la indisciplina de sus alumnos le causaba amargos desengaños. Los que tenían padres (y muchas veces hubiera valido más que fueran huérfanos) excitados por familias ambiciosas, tan pronto como recibían sus vestidos nuevos, huían y no volvían á aparecer. En la misma escuela, Pestalozzi no sabía hacerse respetar. Tan pronto como volvía la espalda, los chicos se burlaban de él. El granizo devastaba sus cosechas. Enfermedades contagiosas como el sarampión y la sarna hacían estragos entre los niños. Se necesitaban médicos, pero, ¿cómo pagarlos? El cariño no era suficiente. Pestalozzi jamás sintió la desproporción entre lo que quería y lo que podía. Se pasaban fríos y á veces hambre. Y fué preciso, en 1780, renunciar á una lucha imposible, en la que Pestalozzi había agotado todas sus fuerzas y todos sus recursos.

IV.

Dieciocho años se pasaron para Pestalozzi, desde el día en que el último niño pobre abandonó el asilo de Neuhof, hasta aquél en que el primer huérfano entró en el asilo de Stanz; dieciocho años de pobreza material, de desanimación moral, período de espera y de inacción durante el cual, como él decía, se consumía de pena, «hundido en el fango de la miseria», vegetando «como una planta pisoteada á orillas del camino». Estos años de tristeza los pasó Pestalozzi en Neuhof, en la modesta vivienda que había conservado. Neuhof, fué siempre el lugar de su predilección. Allí nació su hijo y allí lo había educado; allí volverá, al fin de su vida, fatigado y enfermo, para escribir los *Destinos de mi vida*, el *Canto del Cisne*, especie de autobiografía y después morir. De 1780 á 1798, conoció con frecuencia la horrible miseria. Pero padecía más todavía con el sentimiento de su impotencia, con la pérdida de sus esperanzas, con la interrupción de la vida activa. No tenía para consolarse ni aún las simpatías de sus vecinos. Los labradores le consideraban como un pobre loco, á causa de su fracaso.

Trabajó, sobre todo con el pensamiento, es-

perando poder recobrar su vida activa; meditó y escribió. Estos dieciocho años no fueron perdidos. En este tiempo compuso la mayor parte de sus obras. En 1780 publicó las *Veladas de un solitario*, seguidas de reflexiones presentadas bajo forma de breves aforismos, y que tienen por principal objeto el engrandecimiento del pueblo por la educación; en 1781, el primer volumen de *Leonardo y Gertrudis*, la famosa novela popular que tuvo un rápido éxito y que le hizo célebre de la noche á la mañana; las tres últimas partes, que publicó en 1783, 85 y 87 (1) fueron más fríamente recibidas por el público; en 1782, *Cristóbal y Elsa*, otra novela, «el segundo libro para el pueblo», que pasó desapercibido y del que quiso hacer un manual de educación para uso de la escuela real (*Realschule*), ó escuela universal; por último, en 1797, las *Fábulas*, que había comenzado á escribir hacia 1782, y que, sin carecer de cierto valor literario tienen sobre todo un carácter social; y una obra, que él consideraba como la más importante de sus escritos, las *Investigaciones acerca de la marcha de la naturaleza en el desarrollo del espíritu humano*; ensayo de filosofía general en el que el autor, á pesar de un laborioso esfuerzo, deja

(1) Entre los manuscritos inéditos de Pestalozzi, se han encontrado otras dos partes suplementarias de *Leonardo y Gertrudis*: la quinta, en la que trata del gobierno y la sexta que es puramente pedagógica.

ver demasiado claro la insuficiencia y debilidad de su pensamiento abstracto. Pestalozzi tenía, sin duda alguna, talento como escritor; *Leonardo y Gertrudis*, lo mismo que las *Fábulas* prueban que con sus sencillas fantasías, sus penetrantes y familiares observaciones, y sobre todo por su sensibilidad, era capaz de sobresalir en obras de literatura popular. Pero no estaba formado para un trabajo de generalización filosófica. Las *Investigaciones*, á pesar de haber llamado la atención de Fichte, no tuvieron ningún éxito ni casi merecían tenerlo. Pestalozzi hubiera tenido mucho más éxito, si lo hubiera intentado, como lo pensó un momento, en la literatura dramática; y hubiera inaugurado, con cien años de anticipación el «Teatro del pueblo».

Pestalozzi llegó á ser escritor más bien por necesidad que por afición. «Yo hubiera hecho pelucas, decía tristemente, para dar de comer á mi mujer y á mi hijo». Pero sus escritos, si fueron su sostén, le sirvieron también, claro está, para el comienzo de su gloria y reputación. El solitario de NeuhoF, escarnecido y ridiculizado por sus vecinos, llegó á ser un personaje. La Asamblea legislativa le otorgó el título de ciudadano francés, por decreto de 26 de Agosto de 1792, en el que se decía que «los hombres que por sus escritos y su valor habían servido la causa de la libertad de la emancipación de los espíritus, no podían ser considerados como extranjeros en Francia.» El nombre de Pestalozzi fué escrito al lado de nombres tan gloriosos como

los de Washington, Kosciusko, Schiller, Klopstock y algunos más.

De Alemania también le vinieron testimonios preciosos de interés y de simpatía. Y el mismo año en que era proclamado ciudadano francés, era acogido con cariño, en el viaje que hizo á Leipzig, por Goethe, Wieland, Klopstock y Herder. Al año siguiente entró en relaciones con Fichte, que fué siempre su amigo, y que decía de él: «Es feo, va vestido como un labriego, pero posee tan delicados sentimientos, que pocos hombres pueden igualarle».

Sus éxitos como escritor no le hicieron olvidar la aspiración fundamental de su vida. Quería siempre ser maestro. Fué necesaria una Revolución para que llegase á serlo, aunque por bien poco tiempo, sin embargo, en el orfelinato improvisado que el nuevo gobierno de la Confederación helvética organizó en Stanz, en 1798.

En la vida escolar de Pestalozzi, la experiencia de Stanz, se nos aparece como el momento heroico, como el momento más culminante y característico de su personalidad y aquél en que da la medida de todo lo que su corazón contenía de tesoros de ternura y de abnegación. Tenía cincuenta y dos años, y, como le decía su amigo Stapfer, el ministro de Artes y Ciencias, «luchaba contra la vejez que se aproximaba». Y á la edad en que algunos de nuestros maestros sueñan ya en jubilarse, él se encargaba de dirigir una escuela de niños de seis á diez años, en las condiciones más desfavorables. La tarea, en efec-

to, no tenía nada de tentadora. Se ha dicho, no sin razón, que al escoger á Pestalozzi para tal empresa, el Directorio suizo había cometido una falta. Se trataba de educar huérfanos en un país devastado y desolado por la guerra civil. Y era á un representante del partido vencedor, á un demócrata y á un hereje á quien se enviaba hacia los exasperados vencidos. Pestalozzi iba á predicar la paz y la humanidad en una región, el Nildwalden, en la que la víspera todavía, el ejército francés unido al suizo, había hecho una guerra cruel. Cerca de cuatrocientos muertos: hombres, mujeres y niños; otras tantas casas incendiadas; sacerdotes degollados delante de los altares; Stanz destruída por el fuego. Además, era un protestante quien se enviaba como educador á una población católica y devota, fanatizada por la predicación de los capuchinos, para intentar allí, en un convento hostil, un ensayo de educación laica.

Pestalozzi sabía de antemano los obstáculos con que había de tropezar. Cualquier otro se hubiese asustado. Él no vaciló ni un momento. Desde hacía mucho tiempo se consumía «en la rabia y desesperación» de su inactividad. Salía de una especie de agonía moral. La misión que se le ofrecía en Stanz, fué para él como una resurrección. Iba, por fin, á poder aplicar las ideas que había expuesto en *Leonardo y Gertrudis*. «Borro, decía en un grito de triunfo, la vergüenza de mi vida... Siento que vuelvo á ser un hombre». No comprendía que se pudiera dar

mejor empleo posible á su actividad, que luchar contra la estupidez, la grosería, la ignorancia y el vicio. El gobierno había pensado encargarle la dirección de una escuela normal. Prefirió dirigirse á los pequeñitos, conociendo bien que su verdadera vocación era la educación elemental. «Para realizar el sueño de mi vida, hubiera consentido en ir á intentar mi ensayo á las más altas cimas de los Alpes, sin fuego, ni agua»...

Existen historiadores suizos que reprochan á Pestalozzi el haber participado en la obra de la Revolución helvética y, por consiguiente, haber pactado con el ejército francés que combatía á su favor. Nosotros no conocemos, por el contrario, nada que honre más á Pestalozzi que el marchar resueltamente con aquéllos de sus compatriotas que eran los amigos del progreso, y por consiguiente, de Francia y la Revolución. El era francés de corazón en esta época. No sin cierto orgullo patriótico hemos visto, en el Pestalozzianum de Zurich uno de sus manuscritos, un *Manifiesto á los habitantes de las orillas del Lago*, firmado por «Pestalozzi ciudadano de Zurich y ciudadano francés». Mientras que la Revolución no tuvo otro fin que el de servir la causa de la emancipación de los pueblos, Pestalozzi permaneció fiel á ella. En el *Helvetisches Volkblatt*, periódico en que escribió antes de instalarse en Stanz, dirigió á sus conciudadanos elocuentes discursos en el momento en que Francia pedía á Suiza que le suministrase un contingente de 18.000 soldados auxiliares armados: «¡Oh, patria

mía, alégrate! Francia, la gran nación, te tiende la mano por un sentimiento de fraternal amistad... No es pequeño honor el ir á aprender el ejercicio de las armas al lado de los ejércitos de Bonaparte, de Jourdan y de Moreau y formarse para el servicio de la patria en el heroico ejército francés»... Más tarde fué cuando la simpatía de Pestalozzi huyó de nosotros; fué cuando á las aspiraciones generosas vió suceder las correrías sangrientas á través de Europa y las locas ambiciones del despotismo de Napoleón.

La instalación material en Stanz fué de las más miserables. Pestalozzi no tuvo más auxiliar que una criada: «Yo solo desempeñaba á un mismo tiempo, en una casa en ruínas, los cargos de intendente, contador, mozo y casi criado». Los obreros trabajaban en el arreglo del asilo cuando los huérfanos ya estaban instalados. Fué necesario que Pestalozzi atendiese á mil cuidados materiales, que se ocupase de la alimentación, de la indumentaria, etc., de todo aquél pequeño mundo de ochenta niños, la mayor parte internos. Él se acostaba entre ellos. Con una ternura maternal los cuidaba y los asistía como una enfermera; los rodeaba de su amor. «Era necesario, dice, que desde la mañana á la noche, estos pobres abandonados sintiesen que mi corazón estaba con ellos y que su felicidad era la mía». Se apoderaba de estas pequeñas almas por el influjo constante de su presencia y de su simpatía. «Yo río y lloro con ellos...» Con ellos estuvo enfermo, en un asilo que más que escuela era una

ambulancia de niños. «Todos tosemos» decía, dentro de los muros húmedos de una casa recientemente reformada y en un invierno excesivamente riguroso.

En una carta larga y conmovedora dirigida á su amigo Gessner, librero de Zurich, hijo del autor de los *Idilios*, Pestalozzi cuenta algunos de los medios que empleó para iniciar la educación intelectual y moral de sus discípulos de Stanz. Una palabra los resume: la acción. Trabajaba sin cesar. Hablaba; se gastaba sin tasa ni medida. En clase iba de un niño al otro, estimulando á los laboriosos y reprendiendo á los holgazanes. Una animación extraordinaria, una atención sostenida por parte de los alumnos, recompensaban los esfuerzos del maestro. «Ellos, dice, querían y podían: perseveraban y estaban alegres. Sentían despertarse en su interior sus fuerzas dormidas y desconocidas». El aburrimiento que acompaña con demasiada frecuencia al estudio, había desaparecido de la escuela como una sombra. Los que visitaron á Pestalozzi en Stanz, dan cuenta del modo más favorable de los progresos alcanzados en algunas semanas. «No se puede creer lo que se ve»; escribía el cura Businger. «Cuando yo entré en la clase, dice á su vez el escritor Zschokke, los niños estaban tan absortos en su trabajo, que apenas levantaron la cabeza». Los unos aprendían las letras y los números; otros calculaban; otros dibujaban. Pestalozzi, único maestro para tan gran número de alumnos, tenía que llamar á los más adelanta-

dos para que dirigieran á los más flojos. «Estaban, añade Zschokke, agrupados de tres en tres; el mayor, colocado en medio, pasaba los brazos alrededor del cuello de sus camaradas más pequeños á fin de guiar su trabajo». Era un principio de enseñanza mutua. Los ejercicios intelectuales, como en Neu Hof, alternaban con los trabajos manuales. En una palabra, los resultados respondieron á lo que se esperaba de Pestalozzi. «Estaba convencido, decía, de que mi corazón corregiría y cambiaría el carácter de mis niños, del mismo modo que el sol de la primavera reanima la tierra helada por el invierno. Y, en efecto, antes de que la primavera hubiese fundido la nieve de nuestras montañas, mis alumnos estaban transformados. En sus ojos de ángeles, en sus miradas límpidas, veía el progreso de su alma...» Se podría aplicar á Pestalozzi lo que él dijo del Padre Girard. «El Padre Girard hace milagros: con el barro hace oro».

Los acontecimientos interrumpieron bruscamente la atrevida tentativa de Pestalozzi. Las necesidades de la guerra, que se había reanudado, exigieron que el asilo de huérfanos se convirtiese en hospital militar. Los pequeños montañeses tuvieron que ceder su sitio á los soldados enfermos y heridos. El ensayo había durado menos de seis meses, desde el 14 de Enero de 1799 al 8 de Junio del mismo año. Nadie, seguramente, soñará en presentarlo como un modelo digno de imitación, del mismo modo que no es posible generalizar la educación ideal que

Rousseau imaginó para su Emilio. La «locura de Stanz» como se la ha llamado, aunque haya sido una realidad, no debe considerarse más que como una aventura en la que sólo un hombre tan excepcional como él podía arriesgarse. ¿Donde encontrar otro Pestalozzi, animado del mismo ardor? Él mismo no hubiera podido continuar mucho más tiempo un esfuerzo semejante. Mientras que el pequeño rebaño prosperaba, el pastor, en efecto, se agotaba. Estaba falto de fuerza, escupía sangre. Partió para la montaña, á las alturas del Gurnigel, desolado de ver su obra interrumpida, decidido á reanudarla, tan pronto como pudiera, en la primera ocasión, pero teniendo necesidad de restablecer sus fuerzas y su salud con el reposo absoluto y con el aire sano de las altas cimas. Desde lo alto del Gurnigel, decía, contemplando las vastas perspectivas y los hermosos paisajes de los valles suizos que se extendían á lo lejos, delante de él: «¡Admiro la belleza del paisaje, pero sueño sobre todo en las pobres gentes que habitan en estos valles pintorescos, en el pueblo que sufre por su mala instrucción, su ignorancia y su miseria!»

Roger de Guimps, uno de los mejores discípulos y uno de los biógrafos más serios de Pestalozzi, escribía, hacia 1870, después de haber recorrido los campos de la Argovia y de haber ido en peregrinación á Neuhof: «No se ven mendigos; por todas partes gentes laboriosas y acomodadas, campos bien cultivados y buenas escuelas... Si Pestalozzi fracasó en su práctico

intento de engrandecimiento de estas poblaciones, los principios que inspiraron su empresa han acabado por dar sus frutos». Las mismas reflexiones nos hicimos nosotros cuando, visitando Stanz, evocábamos el recuerdo de la estancia de Pestalozzi en aquellos sitios. En este rincón retirado de Suiza, donde, hace cien años, encontró las ruinas de la guerra civil, los odios excitados, donde fué tan mal recibido por una población que le era hostil (á él, que llevaba la libertad bajo apariencias de opresión) hoy día no se le recuerda. Todo es risueño y alegre en el lindo pueblecillo de Stanz, situado á algunos kilómetros del hermoso lago de los Cuatro Cantones. Los habitantes parecen dichosos, libres de todo odio, apaciguados por la libertad republicana. Rodeando la pequeña población se extienden los campos cultivados, los fértiles prados, sembrados de enormes manzanos, de seculares perales, que Pestalozzi acaso vió plantar, y que cada año se cargan de frutos abundantes. Y contemplando desde lo alto de la terraza del Stanzerhorn, que con sus 1.900 metros de altura domina la llanura de Stanz, acostada á sus pies, este lindo pueblecito blanco en su cuadro de verdura, pensaba yo que, á pesar de las apariencias, hombres como Pestalozzi no pasan inútilmente por el mundo; que el pensamiento humano también da sus frutos, puesto que por la continuidad de su esfuerzo y con la ayuda del tiempo, llega á hacer reinar la paz, el bienestar y la dicha, allí donde no existían antes más que el fa-

natismo, la guerra y la miseria; y que si á Pestalozzi se le ha olvidado en Stanz, por lo menos, en este rincón del Universo, como en otros sitios, se ha realizado una parte de los sueños que había concebido para la felicidad de los hombres.

V

Algunos meses después de la clausura del asilo de huérfanos de Stanz, Pestalozzi volvió de nuevo á la actividad, en Burgdorf, la segunda ciudad del cantón de Berna. Y verdaderamente es la única vez que en realidad desempeñó el cargo de maestro, en el sentido propio de la palabra, en una escuela bien organizada, y al frente de una clase; clase pequeña, sin embargo, de niños y niñas que todavía no sabían leer. Como él mismo dice, se juzgaba como «el último de los maestros y al mismo tiempo el reformador de la educación». Y así, durante un año se dedicó, como humilde pasante, «á empujar la modesta carretilla del A B C».

No sé yo si el maestro auxiliar de la clase más inferior de la escuela de Burgdorf, visitado por el inspector actual, obtendría una buena nota de inspección. Sobre más de un punto me temo que alcanzaría una mala calificación; de tal modo distribuía liberalmente, en sus movimien-

tos de impaciencia, los cachetes; de tal modo hablaba rápidamente y gritaba con todas sus fuerzas; no dando casi explicaciones á sus alumnos y limitándose á hacerlos repetir maquinalmente, letras, después sílabas y palabras. No seguía un empleo regular de tiempo. Pero en cambio, cómo no admirar la devoción y el celo del «célebre anciano», como le calificaban ya los informes oficiales, que, siempre joven bajo sus cabellos grises, se fatigaba por enseñar el abecedario á niños de cinco á ocho años. Los inspectores del tiempo, los miembros de la comisión escolar de Berna que visitaron la escuela en Julio de 1800, después de ocho meses solamente de ejercicio, no tuvieron para él más que elogios: «Vuestros alumnos, dijeron, han hecho progresos sorprendentes; los más hábiles se distinguen ya como calígrafos, dibujantes y matemáticos... Habéis mostrado las fuerzas que existen aún en los niños más pequeños y los medios como estas fuerzas pueden y deben ser desarrolladas...»

Después de una inspección tan favorable, Pestalozzi merecía el ascenso y lo obtuvo. De la clase más inferior, de que no era más que auxiliar, pasó á director de la «segunda escuela de niños»; la primera estaba en manos de un maestro que era al mismo tiempo zapatero y que no había permitido que Pestalozzi hiciese con su clase experimentos. El castillo de Burgdorf fué asignado al nuevo establecimiento. Y, casi inmediatamente, la escuela primaria se transformó, llegando á ser el «Instituto de educación de

Burgdorf», un establecimiento compuesto y mezclado, mitad escuela, mitad colegio, cuya dirección tomó Pestalozzi, auxiliado de sus primeros colaboradores, Krusi, Buss y Tobler (1).

Apenas comenzada la carrera tanto tiempo soñada por Pestalozzi, de maestro de escuela, tuvo que abandonarla. Desde entonces, fué otra distinta cosa de lo que él hubiera querido ser:

(1) Hermann Krusi nació en Gais, en el cantón de Apenzel, en 1775; tenía veinticinco años cuando llegó á Burgdorf con algunos niños de aquel cantón y abrió una escuela. Se asoció á Pestalozzi en 1800, quedando desde entonces de colaborador suyo. Ya diremos después cómo llegó á ser maestro. Abandonó el instituto de Yverdon un poco antes de su clausura; y, después de la muerte de Pestalozzi, llegó á director de una escuela cantonal en Trogen y después, de la escuela normal de Gais. En Burgdorf y en Yverdon estuvo encargado, principalmente, de ejercicios de lengua y de historia natural. Roger de Guimps rinde homenaje á sus cualidades morales. Murió en 1844.— Buss era oriundo del Wurtemberg. Tobler le presentó á Pestalozzi como especialista para la enseñanza del dibujo y del canto.— Tobler entró en Burgdorf algunos meses después que Buss. Nació en el Apenzel, en 1769. Murió en [1843. Dirigía una escuela de niños pobres en Basilea cuando su amigo Krusi vino á buscarle, en 1800, y le convenció para que se uniera á Pestalozzi. Enseñó, sobre todo, geografía. Abandonó Yverdon antes de la disolución del colegio, y, en 1810, había fundado ya una escuela industrial en Mulhouse. Después dirigió otros establecimientos.

llegó á ser jefe de un Establecimiento de enseñanza, administrador de una gran casa de enseñanza secundaria ó, por lo menos, de enseñanza primaria superior; tuvo á su cargo un internado, muchachos mayores que instruir, todo un cuerpo de maestros que dirigir. ¡Cuántas dificultades y preocupaciones le esperaban en funciones para las que él sabía de antemano que era incapaz! Más de una vez pensó en dimitir, en volver á ser maestro de escuela, en abandonar lo que él llamaba «su banco de forzado». No obstante, durante veinticinco años se dedicó obstinadamente á esta tarea, con suerte diversa, y soportó con valor «un peso que le agobiaba». Estuvo en Burgdorf hasta el 1.º de Julio de 1804; después, durante algunos meses, en Münchenbuchsée, en las cercanías de Hofwyl, donde Fellenberg (1), su inconstante amigo, continuaba sus ensayos filantrópicos; por último, en Yverdon, en el cantón Vaud, de 1.º de Julio de 1805 á 1825. «¡Qué

(1) Manuel de Fellenberg nació en 1771, y murió en 1844; ha desempeñado un gran papel en la historia de la educación suiza. Es el pedagogo venerado en Berna, como el P. Girard lo es en Friburgo, y Pestalozzi en Zurich y en toda Suiza. Sus fines eran análogos á los de Pestalozzi, cuyos métodos apreciaba mucho, á pesar de los disentimientos que tuvo con él. Como Pestalozzi, en su *Instituto agrícola*, en su *Instituto para los pobres*, etc., quiso fundar la educación del pueblo en la asociación del trabajo manual y la instrucción.

pérdida más grande supone, escribía en 1808, el padre Girard, en su célebre *Informe* sobre el instituto de Yverdon, el que Pestalozzi haya sido separado de la carrera que con tanto amor había escogido! ¡La escuela primaria modelo de las otras, no hubiera sido entonces un sueño en su vida inquieta y laboriosa!...

Esta opinión era también la misma de Pestalozzi. «Lo que yo deseo, no es la posesión de un establecimiento, sino la realización de mi método». Y en efecto, siempre que se lo permitían sus cuidados de administrador, no cesó de perseguir en estos institutos este inasequible «Método» que había esbozado en sus libros, que había experimentado en los asilos, hospicios y escuelas sin llegar todavía á definir. Á veces se imaginaba que no debía limitarse á la infancia, que se podría extender y aplicar á los estudios más avanzados de sus nuevos discípulos. Confiaba á sus colaboradores el cuidado de explicarlo y de escribir libros de aplicación, conforme á sus principios. En 1803, Krusi y Buss, redactaron los *Ejercicios intuitivos sobre los números*, los *Ejercicios intuitivos sobre las formas y las dimensiones*. Por su parte, Pestalozzi desde 1801, había escrito, una *Instrucción para aprender á leer y deletrear* y sobre todo la más importante de sus obras pedagógicas, *Cómo Gertrudis enseña á sus hijos*.

El éxito del instituto de Burgdorf aumentó más aún la reputación que Pestalozzi tenía ya. Esta casa de educación, leemos en un documen-

to oficial, fué el objeto de un entusiasmo extraordinario. Los partidarios formaban legión. El número de alumnos, sin embargo, no pasó de una centena. Entre ellos se encontraba Ramsauer del Apenzel, que ha contado humorísticamente, y no sin malicia, sus antiguos recuerdos de escuela (1).

Hacia el año 1803, se agruparon nuevos colaboradores alrededor del maestro: el alsaciano Neef (2), Barraud, del cantón de Vaud, al que Pestalozzi envió algunos años después á Francia, á ruegos de Maine de Biran; el músico Pfeiffer; el teólogo Muralt (3) que estuvo á punto de ser el preceptor de los hijos de Mme. de Staël; el pastor Niederer, (4) teólogo ilustrado que no se separó casi nunca de Pestalozzi y por último Sch-

(1) Véase la obra de Ramsauer: *Kurze Skisse meines pädagogischen Lebens*, 1838.

(2) Neef se ocupaba principalmente de la educación de los sordo-mudos. Fué á París en 1803 y allí enseñó durante algún tiempo, y después se estableció en los Estados Unidos.

(3) Muralt nació en Zurich en 1780 y colaboró con Pestalozzi de 1803 á 1810.

(4) Niederer, del Apenzel como Krusi, pastor protestante, había sentido, desde lejos, gran admiración por Pestalozzi. Entró en Burgdorf, en 1803, para dirigir la instrucción religiosa. Se casó, en 1814, con la maestra Rosette Kasthofer, que dirigía, desde 1808, el instituto de niñas anejo al de niños. Pestalozzi le llamaba «el primero de sus hijos»; pero le dió tantos

mid (1), que era, ante todo, un matemático. La enseñanza se ensanchaba gracias á estas múltiples colaboraciones especiales. Todas las materias se estudiaban, la química, el álgebra, así como las lenguas nuestras. Pestalozzi mismo trató de redactar ejercicios en lengua latina. Los alumnos se hacían notar sobre todo por su habilidad en el dibujo y en el cálculo mental; y en esto se notaba el influjo del «Método». Por otra parte, la disciplina era liberal y dulce. «Esto que veo no es una escuela, escribía uno al visitarla, esto es una gran familia.» «De todos los pequeños tiranos, decía Pestalozzi, los peores son los tiranos de la escuela», y él no quería tiranos, ni grandes ni pequeños.

No abandonó Pestalozzi voluntariamente, en 1804, su primer instituto en plena prosperidad. Fueron los sucesos políticos los que le despoja-

motivos de queja, que acabó por preferir á Schmid. En los últimos años de la vida de Pestalozzi, Niederer, enemistado con él, había fundado en Yverdon un colegio de niñas que prosperó y que en 1837 trasladó á Ginebra. Murió en 1843.

(1) José Schmid, el preferido de Pestalozzi, nació en 1786, en el Tirol. Entró como alumno en Burgdorf, en 1801, de dieciséis años, é hizo tan rápidos progresos, que dos años después estaba en condiciones de enseñar la aritmética. «Yo había encontrado en Pestalozzi, decía, un segundo padre.» Después de la muerte del maestro, se instaló en París, donde murió en 1851. Era católico.

ron del castillo de Burgdorf, que volvió á ser lo que había sido antes, el asiento de los poderes públicos del distrito. Lo que es aún hoy día. Recientemente hemos visitado la antigua residencia de Pestalozzi. El camino es difícil de subir por las duras pendientes que conducen á lo alto de la linda población industrial, orgullosa de su *Technikum* (escuela de ingenieros, de electricistas y de arquitectos). ¿Cómo no pensar, al trepar por el camino lleno de guijarros, en todos los curiosos que el renombre, cada vez mayor de Pestalozzi, atrajo hace un siglo? Por allí pasó Herbart, el actual favorito de los pedagogos suizos, alemanes y norteamericanos, y después de él un gran número de educadores alemanes, daneses, que venían á iniciarse en los procedimientos del método pestalozziano y que la mayor parte se volvían seducidos y convencidos, para extenderlo cada uno en su país. Aquellos tiempos están lejos. Yo he entrado en el patio interior del castillo, solitario y silencioso. Sobre un muro se ve un medallón de Pestalozzi y al lado se lee una inscripción alemana que dice que es un testimonio de reconocimiento, dedicado á su memoria en 1888, por la ciudad de Burgdorf. Otra inscripción recuerda que Pestalozzi pronunció estas divinas palabras: «Ama á tus hermanos y no te ames á ti mismo», sacadas del libro que compuso, justamente en aquellos lugares, «*Cómo Gertrudis enseña á sus hijos*». Esto es todo lo que queda de Pestalozzi en Burgdorf. Desde el patio interior del castillo se descubre

un soberbio panorama: el verde é industrioso valle del Emmenthal; más cerca, bosques espesos, acantilados y rocas; más cerca todavía, la parte baja de la villa donde Pestalozzi fué maestro de escuela. Del castillo mismo se desprende una profunda tristeza. Examino y veo ventanas con rejas; hasta me parece oír un sordo gemido. Es porque el viejo castillo se ha convertido en prisión. Por una singular ironía del destino, la escuela de donde en otro tiempo salían palabras de confianza en la dignidad humana, invocaciones elocuentes á la nobleza de las conciencias, á la libertad de la vida, es ahora un lugar destinado á prisión de malhechores. Precisamente, en el momento mismo en que yo cruzaba la puerta para salir, me crucé con un agente de policía que escoltaba un preso, un vagabundo de veinte años. Iban á encerrarle en una celda. Pestalozzi, con la sencillez de su alma cándida, le hubiese recibido de un modo completamente distinto, con palabras de consuelo; y, sin duda alguna, hubiera tratado de regenerarle por la instrucción... Porque ¿no fué así, ó poco menos, como habló un día á un criminal que iban á encerrar en un calabozo? Él le cogió amistosamente de la mano, poniéndole una moneda de plata, y le dijo: «Si tú hubieras recibido una buena educación, serías ahora un hombre honrado, un ciudadano útil y nadie se vería obligado á llevarte atado como á un perro...»

En Yverdón, mucho más todavía que en Burgdorf, conoció las dulzuras de la gloria. Tuvo mo-

mentos de verdadera celebridad. Los discípulos afluían de todos los países: de Inglaterra, de Italia, de España, de Francia, tanto como de Alemania y Suiza. No se admitían más, por falta de plazas. Yverdón llegó á ser un colegio cosmopolita. Fué ésta una época de grandes ambiciones. «Se nos decía, cuenta un alumno, que el mundo tenía puestos los ojos en nosotros». Los curiosos eran tantos, que llegaban á entorpecer el orden y la regularidad de los estudios. El instituto de Yverdón era, á los ojos de los extranjeros, una de las curiosidades de Suiza. Se visitaba á Pestalozzi del mismo modo que se iba de excursión á un pico célebre, á un glaciar, como se va hoy á Interlaken ó á Zermatt á admirar las fuerzas de la naturaleza. Pestalozzi se prestaba complaciente á estas exhibiciones, en las que veía un medio de propagar sus teorías. Cuando se anunciaba una visita de importancia, llamaba inmediatamente á uno de sus colaboradores y le decía: «Busca los mejores de tus alumnos y procura que hablen de lo que saben mejor». Se dedicaba á enseñar el instituto bajo el aspecto más favorable. Los hombres más sinceros caen muchas veces en la tentación de un cierto charlatanismo. Su disculpa se encuentra en que persiguen el triunfo de un ideal. «Es un príncipe el que viene á visitarnos, decía Pestalozzi; es el amo de un gran número de siervos; cuando le hayamos convencido, él los hará instruir.»

Pero Pestalozzi no se contentaba con la propaganda que le hacían sus visitantes: Mme. de

Staël, Fröbel, Maine de Biran, la reina de Wurtemberg, para no citar más que los más ilustres. No retrocedía ante ninguna fatiga para evangelizar el mundo. Así, en 1802, fué á París, con una misión oficial, como individuo de la *Consulta helvética*, manteniendo la secreta esperanza de ganar á su causa al mismo Bonaparte. «Para lo que yo quiero ser, la Suiza es demasiado pequeña. Mis ideas son cosmopolitas». Pero la acogida que tuvo en París no fué lo más entusiasta. «No tengo tiempo de ocuparme de cuestiones de A B C», le dijo secamente el Primer Consul. Y Talleyrand, que poco después asistió á una exposición práctica del método pestalozziano, en la clase que dirigía Neef, dijo: «¡Esto es demasiado para el pueblo!»... También Monge, el fundador de la Escuela politecnica había dicho «¡Esto es demasiado para nosotros!» No debe admirarnos, por lo tanto, después de esto, el severo juicio de Pestalozzi acerca de Francia: «¡Podría hacerse de los niños franceses los primeros hombres del mundo si estuviesen educados por manos alemanas. Las mujeres francesas son buenas. Pero los hombres no valen nada!...» Consolémonos pensando que Pestalozzi nos juzgó un poco rápidamente, pues no permaneció en París más que algunas semanas.

Pestalozzi buscaba siempre protectores poderosos. Sabía muy bien que para que las reformas más necesarias triunfen, no basta la acción individual de entusiastas soñadores como él; que

se necesita el apoyo de los gobernantes, y el concurso de los legisladores. «Busco un ministro que sea un hombre», decía. En 1808 creyó haberlo encontrado, cuando su amigo Nicolovius, nombrado Consejero de Estado y uno de los directores de la instrucción pública en Prusia, le comunicó los proyectos de reforma que el rey favorecía. «¡En mi imaginación, decía, me represento á Federico-Guillermo como el héroe del amor, en oposición á los héroes de la guerra!» Se colgaba al brazo, si así puede decirse, de todos los soberanos que pasaban cerca de él. El 1814, cuando el Zar Alejandro I estuvo en Basilea, Pestalozzi se apresuró á visitarle. Le pidió, sin vacilar, la emancipación de los siervos y la reforma de las escuelas en Rusia. Lo que obtuvo fué una cruz, la de San Wladimiro, de 4.^a clase. El mismo año, el rey de Prusia, Federico-Guillermo I atravesó Neuchâtel y, Pestalozzi, enfermo y extenuado, le pidió audiencia. Á los amigos que querían retenerle, les respondió: «Es necesario que le vea, aunque me cueste la vida. Si no obtengo con mi visita más resultado que el mejorar la instrucción de un solo niño, me creeré suficientemente recompensado de mi trabajo...»

Pero, sobre todo, era en la organización de los estudios de su colegio, del que él era el alma, donde Pestalozzi desplegó todos los esfuerzos de su actividad. He aquí el cuadro aproximado de un día escolar en Yverdon. Los alumnos se levantaban á las seis de la mañana. Pero ya Pes-

talozzi se había levantado antes que ellos, y desde las dos de la madrugada llamaba á los maestros á su despacho, para trasmitirles sus instrucciones. Así que se levantaban los alumnos, los hacía bajar al patio, donde recibían una ducha de agua fría de un pozo vecino, al aire libre, por los chorros de una mangua llena de agujeros. Pestalozzi comenzaba las tareas con un conferencia religiosa ó moral delante de los profesores y alumnos reunidos: hermosa práctica que en nuestros días ha continuado tan brillantemente M. Félix Pécaut en la Escuela normal de Fontenay-aux-Roses. Ninguna lección duraba más de una hora, y los intermedios se dedicaban al juego ó á pasear por las montañas próximas. Los trabajos manuales, cartonería y jardinería, alternaban con los estudios. Cada alumno tenía una pequeña parcela de terreno que cultivar. La educación física, de la que casi nunca habla Pestalozzi, no estaba olvidada (1). Se hacía un poco de gimnasia. De siete á ocho de la noche era la hora del trabajo intelectual libre: se trabajaba para uno mismo, en su correspondencia ó en ejercicios de dibujo. El canto desempeñaba un gran papel: se cantaba siempre y por todas partes, en los intervalos de las lecciones, en los recreos, en los paseos. Los maestros se mezclaban con los niños durante sus juegos y

(1) Véase la vigésima carta á Greaves, en que Pestalozzi recomienda la gimnasia, sobre todo desde el punto de vista de su utilidad moral.

jugaban con ellos. No existían los castigos ni las recompensas. Pestalozzi no quería ni emulación ni temor. Los profesores presentaban sus informes tres veces por semana. Recibía á los niños frecuentemente en grupos de cinco ó seis. Muchas veces los detenía en el pasillo y les decía: «Y bien, ¿tú vas á ser bueno y formal?» No admitía otra disciplina que la del deber, ó más bien, del afecto, del cariño. No era para sus alumnos un maestro; era el «Padre Pestalozzi» y todos eran sus hijos.

Semejante régimen se aproximaba mucho al que los reformadores de nuestra época tratan de introducir en las fundaciones modernas, como el «Collège de Normandie» ó la «École des Roches». Esto era entonces una gran novedad y no hay por que sorprenderse del éxito que alcanzó. Pero al lado de páginas tan brillantes, la historia de Yverdon contiene otras dolorosas. Pestalozzi fué unas veces, el más célebre y el más alabado de los educadores, y otras el más denigrado y el más vilipendiado de los hombres. Se formaron á su alrededor una serie de intrigas. Miserables querellas dividieron á sus colaboradores que, por la insuficiencia de su propio saber, se vió obligado á admitir para las enseñanzas especiales. Tuvo, sin duda alguna, la buena suerte, gracias á la atracción que ejercía sobre los espíritus, de reunir un enjambre de jóvenes inteligentes y activos. Pero su desgracia fué que los más distinguidos y los más instruídos de estos profesores, tenían, casi todos

ellos, un carácter muy malo: egoístas y absolutos en sus opiniones, si poseían la ciencia que le faltaba á Pestalozzi, carecían en cambio de lo que constituía la fuerza y la bondad de éste. ¿Cómo poder conciliar y mantener unidos á maestros que se diferenciaban, no sólo por su nacionalidad y por el genio de la raza (puesto que en Yverdon había alemanes, franceses é italianos), sino también por la tendencia de su espíritu? ¿Cómo, por ejemplo, hacer marchar de acuerdo al teólogo Niederer, idealista y al matemático Schmid, realista? Hubiera necesitado para llegar á conseguirlo, tener la mano fuerte de un administrador, tal como Fellenberg, á quien él mismo llamaba el «hombre de hierro», y una disposición y una habilidad de que no disponía y de que estaba desprovisto.

De aquí nacían una serie de disensiones intestinas, de disputas seguidas de reconciliación, de idas y vueltas. Fué un continuo va y viene de profesores que no llegaban á entenderse y que después de haberse hecho trizas unos á otros, se volvían contra el mismo maestro. El conflicto se mantenía constante. Pestalozzi se veía obligado á intervenir sin cesar para restablecer la paz, paz precaria y momentánea. Dirigía á sus colaboradores discursos patéticos, entrecortados por las lágrimas. Pedía piedad para él. «Suplico á M. y á Mme. Niederer, escribía, que me ahorren el martirio que sufro hace diez años.» Á veces, cansado, falto de paciencia, huía de este «infierno» y se refugiaba solo en la montaña, en Bullet

donde componía versos de melancólica resignación: «En los días tormentosos, Dios me ha sostenido... etc.».

Además, se le atacaba por fuera (1). En todas partes y en todos los países han existido fanáticos dispuestos á desprestigiar á los innovadores. Se le acusaba de favorecer las doctrinas anticristianas. ¿No se había atrevido á escribir que «el hombre ol puede todo, que le basta con querer, y que no debe contar más que consigo mismo»? Algunos de sus colegas que habían permanecido protestantes ortodoxos, eran los primeros en arrojarle la piedra (2).

(1) Entre sus detractores más violentos es preciso citar un inglés, Biber, que había estado algún tiempo empleado en el Instituto, y que publicó, en 1827, un verdadero libelo contra Pestalozzi, un «libro impío». dice M. Guillaume, en que se le trata de «charlatán» y de «hipócrita»: *Beitrag zur Biographie Pestalozzi's*, Además de esta obra en alemán, Biber publicó en 1831 otro libro titulado: *H. Pestalozzi and his plan of Education*, que no hubiéramos mencionado, si recién-temente no hubiéramos sabido por Mr. H. Spencer (que no obstante ha sabido apreciar muy exactamente lo bueno y lo malo del método pestalozziano) que éste ha sido el único libro de que se ha servido para conocer á Pestalozzi.

(2) Se han escrito en Alemania muchos libros acerca de las ideas religiosas de Pestalozzi. Véase el de Burkart: *War H. Pestalozzi ein Ungläubiger?* Leipzig, 1841; Heer: *Dass Wessen der Pestalozzischen Methode als einer christlichen Erziehung*. Zurich, 1870.

Sin embargo era religioso; tenía un alma piadosa: «Reconozco la mano de Dios», decía siempre que le sucedía alguna cosa buena. Pero no se le perdonaba el que se contentase con una religión natural, con un deísmo filosófico á lo Rousseau, con un cristianismo racionalista. «El misterio de la Trinidad, decía, no está en la Biblia»; «Jesús no es más que el más grande de los hombres».

El alma sensible de Pestalozzi sufría dolorosamente de todas estas miserias. Se contentaba con decir: «Soy el amo en mi casa». El pobre hombre, á medida que envejecía, más irritable y más débil, era, cada vez más, el juguete y la burla de los que le rodeaban. En 1820 aún se hacía ilusiones y escribía: «Ahora me siento feliz. ¡Bendito sea Dios! Todo va bien. El ocaso de mi vida es dulce y sereno»... Esto no duró nada. La institución comenzó á declinar hacia 1824 y se aceleró rápidamente. El número de alumnos disminuía. Los más fieles de sus amigos le abandonaron. Niederer y Krusi envidiosos de Schmid, que desde 1815, reinaba como amo, instalaron en el mismo Yverdon escuelas rivales en las que pretendían recoger el espíritu pestalozziano que, según ellos, ya no acompañaba á Pestalozzi. Por otra parte, el cantón de Vaud exigía la deposición de Schmid, del que Pestalozzi no quería separarse. Por último, cansado y desanimado, el pobre anciano se resignó á una nueva renuncia, y el 2 de Marzo de 1826 abandonó repentinamente Yverdon. «Esto fué,

dice, como si pusiese fin á mi vida, tanto daño me hizo esta separación»...

Allí había vivido veinte años. Y allí fué, aunque él no lo pensase así, donde alcanzó el apogeo de su gloria. «Mi instituto, tal como nació en Burgdorf, del seno del caos, tal como ha subsistido en Yverdon, en una deformidad sin nombre, no era el fin de mi vida». Soñaba siempre con una humilde escuela rural, soñaba con los niños pequeños (1). Y no hay duda alguna de que, á los ojos de la posteridad, la dirección del colegio de Yverdon, se considerará como uno de los primeros títulos de honor de la actividad pedagógica de Pestalozzi.

Suiza le ha elevado en Yverdon, en 1888, el monumento más bello de los que se le han dedicado. Recientemente hemos saludado su estatua que adorna la plaza de Pestalozzi, al lado del antiguo castillo donde consumió la última parte de su vida puesta al servicio de la instrucción. Está representado en pie, enérgico y dulce, con una corbata bien anudada, como nunca la llevó;

(1) La mejor prueba que se puede dar del interés que Pestalozzi no cesaba de conceder á la educación primaria, es la creación de la escuela normal que organizó, en 1818, en los alrededores de Yverdon, en Clindy. Esta institución, cuyos gastos debían cubrirse con el dinero de la suscripción Cotta, recibió doce niños pobres, muchachos y muchachas, que se preparaban para la carrera del magisterio; merecía que se la dedicase un estudio especial.

porque, es bien sabido, que nada olvidaba tanto como su indumentaria. Á su lado, dos niños, una muchacha y un muchacho, le escuchan. Los enseña el camino de la escuela, del castillo de Yverdon, que ha seguido siendo el asiento de las escuelas primarias de la ciudad, con sus veintidos clases y su millar de alumnos. La enseñanza secundaria está establecida en otro local, en un colegio que es un verdadero palacio y que lleva inscritos, en grandes letras, sobre la fachada, los nombres de Pestalozzi y algunos de sus discípulos, Roger de Guimps, Vuillemin, etcétera. También hubiera podido escribirse el nombre de Rousseau.

Nos gusta unir Pestalozzi con Rousseau por considerarlos como dos héroes de la educación moderna. Hermanos por el nacimiento, el ciudadano de Ginebra y el de Zurich, son hermanos también por sus sentimientos, por sus aspiraciones hacia una educación más perfecta. Pero en Yverdon, la aproximación se impone singularmente. En efecto, en 1762, Rousseau, en este delicioso país cuya belleza alabó tanto y cuarenta años antes que Pestalozzi, vino triste, á pasar los primeros días de su destierro, después de la condena que el Parlamento de París le impuso por el *Emilio*. Desde aquí escribía: «Quiero vagar por estas montañas hasta que encuentre un asilo bastante salvaje para acabar en paz el resto de mis días miserables». También fué allí de donde, creyendo encontrarse en «una tierra de justicia y de libertad», fué expulsado algunas

semanas después por el gobierno reaccionario de Berna, viéndose obligado á pedir hospitalidad al Rey de Prusia. Y fué en Yverdon, donde el gobierno, transformado por la Revolución de 1798, llamó á Pestalozzi para continuar, bajo una forma práctica, la obra teórica de Rousseau. De suerte, que en un medio siglo, esta ciudad abrigó á los dos; al uno, le vió pasar proscrito, desgraciado, agriado é irritado por la persecución; y recibió al otro, discípulo del anterior, lleno de ardor y de ánimos, trabajando también por la educación de la humanidad.

Triste y pobre á su vez, Pestalozzi abandonó Yverdon para volver á seguir el camino de Neuhof. Schmid, su inseparable, su *alter ego*, tuvo, por lo menos, el mérito de la fidelidad y le acompañó en su retiro. Volvió á ver con alegría el lugar predilecto, en el que había acariciado sus primeros proyectos para la emancipación intelectual de las gentes pobres. Incorregible en sus esperanzas, soñaba todavía en fundar una escuela de niños. Pero la muerte se acercaba... «Pronto veré la luz del cielo», decía. Algunas demostraciones de gratitud dulcificaron la tristeza de sus últimos días. La vida había sido dura con él: la posteridad le será bondadosa, y antes de que cerrase los ojos para siempre comenzó á demostrárselo. En 1825, fué recibido con entusiasmo en la asamblea anual de la Sociedad helvética, de que formaba parte hacía veintinueve años, y nombrado presidente para el año siguiente. En 1826 visitó un asilo de niños, y éstos le ofre-

cieron una corona de encina. Pero no pudo evitar que los disgustos le acompañaran hasta el último momento. Sobre su lecho de muerte tuvo que sufrir las injurias de Fallenberg, que se atrevió á reprochar, al más desinteresado de los hombres, el haber malversado los fondos recogidos para la primera edición completa de sus obras, la edición Cotta; y también los odiosos ultrajes del libelo de Biber, que apareció precisamente en 1827: «Es necesario que viva todavía seis semanas, gritaba al morir, para responder á esas infames calumnias». Pero las fuerzas le abandonaron. Había abusado de su robusto temperamento, que él gustaba en caracterizar con estas palabras: «Tengo la salud de un oso»; y el 17 de Febrero de 1827, expiró dulcemente diciendo: «Muero tranquilo. Perdono á mis enemigos y bendigo á mis amigos...» Treinta hombres y treinta mujeres, no más, acompañaron, en Birr, el cortejo fúnebre de uno de los hijos más ilustres de Suiza.

VI

La biografía de Pestalozzi, como acabamos de ver, se confunde con sus obras prácticas de educación. Ella nos da á conocer con todo su esplendor las altas cualidades morales de que estaba dotado. Nos muestra, á través de todas las vicisitudes de una existencia prolongada, errante y agitada, su esfuerzo constante por el establecimiento definitivo de un método de instrucción y de educación del pueblo.

¿Cuál era este método? Es, hay que confesarlo, bastante difícil de definir. Algunos críticos han salido del apuro, con cierta habilidad, diciendo que Pestalozzi no lo tenía. El hecho es que él mismo no llegó á expresarlo en formas definitivas. Ha quedado vago, indeciso, en su cerebro famoso, más apto á las imaginaciones vehementes, que á las construcciones abstractas del pensamiento. Destutt de Tracy escribía, en 1807, á Maine de Biran, que suponía que «el método de que tanto le hablaba no estaba todavía bien desarrollado en el espíritu de su autor». Esto era completamente cierto. Pestalozzi inquirió mucho, pero no dedujo. Concibió grandes cosas, se puso en camino de cumplirlas, se esforzó, se fatigó por llevarlas á cabo: no lo consiguió. Fué verdaderamente incapaz. «Sus teorías, decía

Steinmuller en 1803, suceden á sus experiencias»; y como se pasó toda su vida experimentando, sus teorías fueron variando. En 1817, en una carta á Niederer, habla de la «elaboración de su método»; lo que demuestra que en aquella fecha todavía no estaba constituido. En 1820 rechazaba, por insuficientemente maduras, las teorías expuestas, en 1801, en sus *Cartas á Gessner* (1). Lo que lleva á la confusión es que, los comentaristas, aprovechando precisamente lo que había de indeciso en su pensamiento, lo han interpretado, con frecuencia, según sus propias concepciones, y lo han desfigurado, alterado y aún oscurecido. Recuérdese lo que decía un discípulo de Yverdon, el historiador Vuillemin, en sus *Recuerdos*, redactados además cincuenta años después: «Lo que se llamaba el «Método» de Pestalozzi, era para nosotros un enigma, y aún para nuestros mismos profesores. Como los discípulos de Sócrates, cada uno entendía á su manera la doctrina del maestro; y llegó un día en que, después de creer cada cual que él era el único que había comprendido á Pestalozzi, ter-

(1) Decimos *Cartas á Gessner* por abreviar. El título exacto es *Wie Gertrud ihre Kinder lehrt* (Cómo Gertrudis enseña á sus hijos). Gertrudis, la heroína de la novela «*Leonardo y Gertrudis*», no aparece, sin embargo, en el libro. Es el nombre simbólico con que representa á la madre perfecta, á la maestra ideal, tal como él la concibe.

minaron por declarar que aun él mismo no se había comprendido.

No es imposible, sin embargo, llegar á distinguir, á través de los diversos procedimientos, algunas veces contradictorios, que alternativamente ha ensayado, los caracteres esenciales del método que quiso establecer, las ideas dominantes que dirigieron su enseñanza y que forman la unidad de su vida pedagógica. Ha habido discípulos lo bastante atrevidos para emprender sobre las ideas de Pestalozzi un trabajo de clasificación sistemática que seguramente no autorizaría su genio vivo y mudable. Jullien (1) en su *Exposición del Método*, obra pesada é indigesta, distingue hasta doce principios fundamentales y también doce caracteres esenciales, ni uno más, ni uno menos. Es equivocarse el modelo y desfigurar el original el pretender, con este exceso de análisis y este lujo de divisiones, apriornar y catalogar en fórmulas rigurosas las ins-

(1) Jullien (Marco-Antonio), conocido por Jullien de París, hijo del convencional Jullien de la Drôme, llegó á Yverdon en 1810 y permaneció varios meses. Había desempeñado un cargo militar y político bajo las órdenes de Bonaparte, de quién se separó el 18 Brumario. Mas tarde recobró su valimiento y fué encargado de misiones en Italia; precisamente, durante una de estas misiones, visitó el instituto de Pestalozzi. Fundó, bajo la Restauración, el periódico *Le Constitutionnel* y tomó una parte muy activa en la revolución de Julio.

piraciones variadas de un espíritu que constantemente estuvo en movimiento y que no supo jamás permanecer fijo.

Ante todo, es necesario manifestar que la idea dominante de su método, es la *intuición* (*Anschauung*) considerada como el punto de partida de todo conocimiento, y por consecuencia, como base de toda instrucción. Nos acercáramos á la verdad si definiésemos á Pestalozzi como «el pedagogo de la intuición». «¿Qué he hecho, decía él, que sea obra mía exclusivamente? El día que reconocí que el principio absoluto de todo conocimiento es la intuición, formulé el principio superior que domina la ciencia de la educación». Es cierto que, antes que él, Comenio y Basedow, habían visto, aunque confusamente, la misma verdad y habían tratado de aplicarla.

¿Qué es, pues, la intuición? No es solamente la percepción externa de los sentidos. La intuición se extiende á las experiencias de la conciencia interna, á los sentimientos, á las emociones, tanto como á las sensaciones. «La intuición es la impresión inmediata que el mundo físico y el mundo moral producen sobre nuestros sentidos exteriores é interiores». La intuición es la experiencia personal directa; y si las percepciones sensibles deben servir de fundamento á la educación intelectual, las percepciones morales, los sentimientos de amor, de confianza, de gratitud, desarrolladas muy temprano en la conciencia del niño, llegan á ser el punto de apoyo, sólido y seguro, de su educación moral.

Comprendemos perfectamente el pensamiento de Pestalozzi. La enseñanza actual, presenta al niño, con mucha frecuencia, desde el principio de sus estudios, nociones abstractas y generales que no concuerdan con nada de su experiencia. Se le habla de ríos, océanos, y no ha visto más que estanques y arroyos; de montañas y valles, y no ha trepado ni aún por una colina. Se le enseñan las grandes palabras de *deber* y *virtud*, sin haber despertado con anterioridad en su corazón sentimientos morales. Se construye, pues, sobre arena. Se siembra un campo que no ha sido preparado. Ó mejor aún, se fijan, en cierto modo, en la superficie de una memoria frágil, trozos de conocimientos que no se saben implantar en el espíritu, para que allí arraigen. Es como si, sobre un muro inconsistente y mal construido, colocamos banderas que al primer soplo de viento vendrán al suelo.

Pestalozzi quiso acabar con la instrucción superficial de las antiguas escuelas «góticas y monásticas». Ciérranse las escuelas en que el maestro ó el libro son los únicos que trabajan. Ábranse, por el contrario, escuelas en las que el niño estimulado á hacer uso de sus sentidos y á ejercer su conciencia, encuentre, en sí mismo, el principio de su actividad, el fundamento de su desarrollo intelectual y moral; en una palabra, el germen de que, por una evolución progresiva, saldrá la persona humana instruída, ilustrada y virtuosa como organismo vivo, de la misma manera que la encina sale de la bellota. La

intuición es la única que puede depositar este germen en el espíritu. Y he aquí por qué Pestalozzi, apartando libros y suprimiendo el abuso de las lecciones didácticas, trata siempre de poner al niño delante de las cosas. «No le arrojéis en el laberinto de las palabras antes de haber formado su espíritu por el conocimiento de las realidades». «El niño no quiere intermediario alguno entre la naturaleza y él». Con frecuencia repetía: «La naturaleza es quien lo hace todo».

No se crea, sin embargo, que Pestalozzi se refiere á las intuiciones naturales, tal y como los sentidos y la conciencia nos las ofrecen en su complejidad y su crudeza. Es necesario que maduren gracias á un lento análisis. En las *Cartas á Gessner*, repite sin cesar, como un estribillo, la frase de que se trata de conducir al niño «desde las intuiciones confusas á las percepciones claras»; que es necesario elevarle «desde las intuiciones vagas á las nociones precisas». ¿Qué quiere decir esto, sino que la educación de la naturaleza no es suficiente, que la intuición primitiva tiene necesidad de ser ilustrada, analizada y que existe, finalmente, «un arte de la intuición?» Y este arte ha de consistir en organizar una serie de ejercicios metódicamente combinados, que se presentarán alternativamente á la atención del niño.

¿Cómo deben ordenarse estos ejercicios? Según un principio, que Pestalozzi establece claramente y que Herbart desarrollará después: el de la «gradación», ó, si se quiere, el de la «con-

centración». Desconfiemos de la división, demasiado empleada en los estudios ordinarios, de las enseñanzas en las que se aglomeran, sin orden alguno, nociones incoherentes que no tienen lazos de unión unas con otras, como las piezas mal ajustadas de un mosaico desordenado. Del mismo modo que los conocimientos necesitan un punto de apoyo, que es la intuición, así también necesitan un encadenamiento y un orden en su desarrollo que es lo que constituye el método. Las diversas nociones de que se compone la instrucción elemental, deben ofrecerse al niño «en series continuas y sin lagunas». Á cada intuición acompañarán, como á una idea madre, todos los hechos que pertenezcan al mismo orden de ideas. No existirá jamás discontinuidad entre el estudio de ayer y el de hoy. Se tendrá además cuidado (y este es un punto sobre el cual Pestalozzi insiste con frecuencia) de retener al alumno en cada ejercicio, con una lentitud estudiada, hasta que perfectamente lo posea. No se le permitirá adelantar un paso, ni avanzar más lejos, hasta que haya asegurado sólidamente su marcha sobre el terreno recorrido. No hay nada más contrario á un buen método de instrucción, como pasar demasiado rápidamente de un estudio á otro, sin estar seguro de que el conocimiento del precedente está completamente adquirido y hace posible y fácil el conocimiento del siguiente. «Todo lo que no es completo en el germen abortará en su crecimiento». Además es un gran mal en la educación con-

formarse con un poco más ó menos; importa acostumbrar al niño á hacer bien todo lo que hace; para que «tienda á la perfección». Mme. de Staël decía: «No hay poco más ó menos en el método de Pestalozzi.»

En la gradación y escalonamiento de los ejercicios que Pestalozzi recomienda para fecundar intuiciones primeras, pretende además seguir el orden de la naturaleza. Y puesto que ésta quiere que se vaya, no de lo simple á lo compuesto (fórmula equivocada y de las más discutibles) sino, lo que es aún más sencillo, de lo próximo á lo lejano, la observación del niño debe, pues, partir de lo que toca y ve alrededor suyo, á lo que está situado más cerca, y, poco á poco, á los objetos más alejados. «El conocimiento comienza en derredor del hombre y de aquí se extiende concéntricamente».

Para dar un ejemplo inmediato de la aplicación de este principio, señalaremos los ejercicios de intuición y de lenguaje que Pestalozzi, en su *Libro de las madres* (1) (ó mejor aún su discípulo Krusi, que redactó las tres cuartas partes de este pequeño volumen), proponía á los alumnos del instituto de Burgdorf. No hay nada que esté más cerca de nosotros que nuestro propio cuerpo. Así pues, es necesario que el niño, antes que nada, se ejercite en conocerlo y en poder

(1) El *Libro de las madres* se publicó en 1803. La Introducción y la parte sétima fueron escritas por Pestalozzi.

nombrar todas sus partes. Macé, al escribir su *Historia de un bocado de pan*, ¿no se inspiró en la idea de Pestalozzi? Es preciso que, como una retahíla, el alumno detalle los labios, los huecos de la mandíbula inferior, los de la superior, la boca, las diferentes partes de la boca, etc. Seguramente estos ejercicios de lenguaje moverán á risa: ocupan más de cincuenta páginas. El crítico francés Dussaulx decía chistosamente: «¡Pestalozzi se toma mucho trabajo para enseñar á sus alumnos que tienen la nariz en medio de la cara»!

La idea, despojada de las candideces grotescas con que Krusi la revistió, no debe desdeñarse. Maine de Biran elogiaba precisamente á Pestalozzi, porque había querido comenzar el desarrollo de las facultades de intuición y de razonamiento en el niño, por el análisis descriptivo del cuerpo humano, el objeto más inmediato y el más interesante de conocer. Y sobre todo, importa consignar que, Pestalozzi, en la parte que escribió de este libro, establece ingeniosamente, cierta conexión entre la enumeración de cada uno de nuestros órganos, con el estudio de sus funciones; y cómo el análisis de estas funciones conduce á una serie de observaciones útiles sobre los objetos con los cuales nuestros órganos nos ponen en relación: los hombres, animales, plantas, con todo lo que se ve y con todo lo que se oye.

En una frase que es como el resumen rápido de toda su Pedagogía dice: «Debe haber, para

cada rama del saber, una serie de ejercicios cuyo punto de partida esté al alcance de todos (*intuición*) y cuyo encadenamiento regular (*gradación*), ponga las facultades del niño constantemente en actividad, sin agotarlas, ni aún fatigarlas, y contribuya á un progreso continuo, fácil y atractivo». Todo lo esencial del método pestalozziano está contenido en estas pocas líneas: el principio de la intuición como lazo riguroso de las enseñanzas sucesivas, y además, otros dos principios de que nos falta por hablar, que tienen íntima relación con los precedentes, á saber: que no hay mejor método de educación que aquél que ejercita la actividad y, por consiguiente, que provoca el interés.

Lo que importa, no es tanto la extensión del saber positivo como el desarrollo intensivo de las facultades, fortificadas y aumentadas por el ejercicio. Efectivamente, el crecimiento intelectual depende del ejercicio y de la acción continua. «La naturaleza, decía Pestalozzi en 1780, en las *Veladas de un ermitaño*, desarrolla todas las fuerzas de la humanidad por el ejercicio, y, por su empleo, obtiene su crecimiento. Es necesario que el niño trabaje, que sus ojos, su voz, sus manos estén también constantemente ocupados. Por lo tanto, nada de lecturas lánguidas, ni de largas recitaciones mecánicas, ni nada de esas clases soporíferas y medio muertas en las que un maestro rutinario dicta ó expone su ciencia á pobres infelices que se contentan con sufrir, con una atención más ó menos distraída, pero

ciertamente con fastidio, lecciones monótonas. La escuela verdadera es aquélla en que todo el mundo trabaja, los alumnos, como el maestro. El maestro habla, pronuncia frases, los niños las repiten. El maestro pregunta, los alumnos reflexionan y responden. Las exposiciones largas, fatigan: las preguntas, excitan y animan. La acción, fuente de la felicidad de la vida, es á su vez la condición del progreso en la escuela. Animémonos y tengamos sin cesar despierta la inteligencia. Hagamos predominar sobre las facultades pasivas, como la memoria, las facultades activas: la atención y el juicio, y sustituyamos la instrucción mecánica por la instrucción activa que estimula la atención, que sacude la voluntad y pone en movimiento las fuerzas interiores del alma.

Quizá se objete que esta excitación de la actividad no está de acuerdo con lo que se sabe de las prácticas escolares de Pestalozzi y con el entusiasmo exagerado que desplegaba en su enseñanza. ¿Un maestro que obrase del modo que él lo hacía, daría ocasión á que la iniciativa de sus alumnos se manifestase? En Stanz nos lo representamos siempre en movimiento, yendo de un extremo al otro de la clase, hostigando á los niños y no dejándoles ni un momento de respiro. En Burgdorf «cantaba el A B C de la mañana á la noche» con una voz atronadora, hasta enronquecer; y pretendía que los niños encontraban un gran placer en repetir después que él y durante horas *b a, ba*. Á esto, uno de sus discípulos,

Ramsauer, replica irónicamente que lo que «él conseguía era más bien hacer huir á sus propios ángeles de la guarda». No deja de ser cierto que la actividad del maestro llama la actividad del discípulo. Flaubert ha dicho en alguna de sus obras: «Ilustraros vosotras, clases ilustradas. Y antes de enviar el pueblo á la escuela, id vosotras mismas». De la misma manera puede decirse á los maestros: «¿Queréis interesar al niño? Pues comenzar por interesaros vosotros mismos en vuestra enseñanza. No es posible comunicar una emoción que no sentimos en nosotros mismos, como no se puede repartir un goce de que no participamos. Es preciso dar primero, si se quiere recibir».

No es dudoso que en la práctica, Pestalozzi se haya contradicho. Á pesar de sus buenas intenciones, caía también en la rutina y en la enseñanza mecánica. Sin embargo, como regla general, la actividad exuberante y bulliciosa de Pestalozzi no se oponía á la actividad de sus alumnos, pues, por el contrario, tenía por objeto y fin provocarla y mantenerla. Si él se movía y agitaba, era para animar á los laboriosos en su entusiasmo y para despertar á los indolentes de su dejadez. Si él se agitaba era para hacer trabajar. Daba el ejemplo del movimiento, del esfuerzo y se le imitaba. El verdadero medio de llamar á los demás á la vida, ¿no es comenzar por ser uno mismo un sér vivo?

Una instrucción activa, en que el maestro enseña el camino, pero que al mismo tiempo deja

al niño manifestarse, tratando sobre todo de suministrarle ocasiones de ejercer la observación y la reflexión personal, no tiene por única consecuencia el preparar directamente la obra de la educación, ó sea la formación de las facultades humanas; concurre también á este mismo resultado, aunque indirectamente, excitando el interés y aprovechando el atractivo que inspiran los estudios bien dirigidos; pero no el atractivo que dispensa del esfuerzo y tiende á transformar los estudios serios en distracciones pueriles, sino por el contrario, el que asegura el esfuerzo ayudándole. Pestalozzi, que algo se inspiró en Basedow y en la escuela de los filantropinistas, no cayó, sin embargo, como ellos, en las puerilidades de la instrucción recreativa. Y á que la enseñanza fuese «atractiva» (Pestalozzi pronunció esta palabra antes que Spencer), ¿no contribuía un sistema de educación en el que todo aspira á ser luz y claridad; en el que la verdad, sobresaliendo de la intuición, hace inútiles las largas explicaciones verbales que son, poco más ó menos, tan eficaces para esclarecer el espíritu y disipar el error, como pueden serlo los toques de campanas, para alejar las amenazas de tempestad y donde, por último, los medios más ingeniosos están combinados para caminar dulcemente y conducir la inteligencia de lo fácil á lo difícil, y para procurar al alumno la gran alegría del hacer?

Tal era también la preocupación de Pestalozzi. Cuando, en 1816, recibió en Yverdon la visita

de Andrés Bell, el que con Lancaster propagó en Inglaterra la enseñanza mutua, le expuso cariñosamente su método. Bell, á su vez, le dió á conocer el suyo. Ambos pedagogos se pusieron en contacto, pero sus almas no se penetraron jamás. Bell se marchó sin haber llegado á comprender el mérito del método pestalozziano. No encontró, por decirlo así, nada aprovechable en las reglas que se empleaban en Yverdon. Y sin embargo, Pestalozzi se las había explicado detenidamente. Le había dicho como, entre los móviles posibles de la actividad (excluyendo lo más posible el amor propio y teniendo en cuenta el cumplimiento del deber y el cariño á los padres y á los maestros), colocaba en primer lugar, y por encima de todo, el interés por el estudio, interés que una instrucción sencilla, familiar, progresiva, apropiada exactamente al grado de desarrollo intelectual de cada niño, nunca deja de provocar.

Un último punto hay que notar en los caracteres generales del método de Pestalozzi: el gran cuidado que ponía en simplificar los procedimientos de la instrucción, hasta el punto de hacer su manejo fácil hasta para los ignorantes. Intención laudable cuya conclusión es falsa y exagerada. «V. quiere mecanizar la enseñanza», le dijeron en una ocasión. Y Pestalozzi asintió alegremente á esta definición imprevista de su método. Soñaba, en efecto, en un conjunto de procedimientos lo bastante sencillos y lo bastante precisos, para que el maes-

tro menos preparado, la madre menos instruída, la hermana mayor y aún la criada cariñosa, pudiesen aplicarlos y obtener buenos resultados. Acariciaba la ilusión de encontrar un método que debiese su eficacia á la perfección de sus medios y no á la habilidad de los que lo practicasen: una especie de máquina perfecta por la precisión de las piezas que entraban en su composición y que el obrero menos hábil consiguiese hacerla funcionar. Decía que simplificar es el gran arte, y en la exageración de su pensamiento, llegaba hasta decir que las escuelas normales y las bibliotecas escolares, eran completamente inútiles para formar los educadores del pueblo; que en lo futuro bastaría con poner en manos de un maestro el *Libro de las madres*, de que con tanta frecuencia habla en sus *Cartas á Gessner* (1), y que nunca tuvo tiempo de escribir. En esto se olvidaba de sí mismo; porque jamás ha habido maestro que se haya prodigado tanto como él, y que haya puesto tanto cariño y tanta alma en su obra de educación. Pues temía que había de ser muy difícil, sino imposible, el día que la instrucción se generalizase y se universalizase, pedir á los infinitos maestros diseminados en multitud de escuelas, el ardor y el entusiasmo que él poseía. Y he aquí por qué él relacionaba y condicionaba el éxito de la instrucción elemental, en el porvenir de los pue-

(1) Véase la Carta X.

blos, á la invención de un instrumento, de una máquina pedagógica, lo bastante perfeccionada para reducir casi á la nada el trabajo. Añádase, para decirlo todo, que este gran amigo de la escuela se permitía algunas veces considerarla necesaria á falta de otra cosa mejor, como un expediente provisional, al que nos tiene condenados, por algún tiempo, la ignorancia é ineptitud desconsoladoras de los padres para educar sus propios hijos. Si él proyectaba un plan de simplificación de los métodos, no lo hacía únicamente con el fin de cuidar la inferioridad de la inteligencia del niño, sino también para llegar á hacer realizable su sueño más elevado: la educación del niño por la madre. Hubiera consentido gustoso en la desaparición de la escuela elemental, reemplazándola con la «sala de casa», en la que una madre inteligente y tierna, obrera, aldeana ó burguesa, armada de su *Manual*, instruye á sus hijos y á sus hijas.

De estos principios esenciales se derivan los procedimientos que imaginó Pestalozzi: invenciones, casi todas ellas ingeniosas más que sólidas, que demuestran una buena voluntad más bien que habilidad y destreza.

Téngase en cuenta, primeramente (como ya hemos indicado antes) que Pestalozzi en la práctica era con frecuencia infiel á sus máximas teóricas. El apóstol de la intuición y de la educación de la naturaleza, no dejaba en modo alguno, producirse suficientemente las leyes naturales y sometía la intuición á leyes demasiado

artificiales. Al niño, á quien pretendía educar en la libertad de sus aspiraciones y en la espontaneidad de sus tendencias, lo encierra y lo encierra en una estrecha red de minuciosos ejercicios metódicos, en los que la espontaneidad corre el peligro de desaparecer y con los que su iniciativa se reprime y aniquila. Se cuenta la historia de un agricultor muy ingenioso que, advirtiendo que sus abejas trabajaban demasiado, yendo, de acá para allá, de jardín en jardín, para extraer la miel, tuvo la inspiración de coger por sí mismo un montón de flores de distintas especies y formar cuidadosamente ramos que colocó delante de las colmenas. La historia no cuenta si las abejas renunciaron á volar libremente, á la aventura, sobre los campos, para la recolección, ni si la miel de los panales, si es que la hubo, de las que se contentaron con las flores que tenían delante, fué mejor... ¿No es ésta, sobre poco más ó menos, la imagen de la tentativa en que se extravía Pestalozzi cuando cree que se debe someter al niño á la obligación de aprisionar su pensamiento en la rígida nomenclatura de objetos, sistemáticamente coordinados, en lugar de dejar al curso de sus observaciones una libertad relativa? Por esto no se equivocaban completamente los que decían que la aplicación de los principios pestalozzianos, sería fatal y mortal para la imaginación. Es preciso guiar el desarrollo de la inteligencia infantil, pero no encadenarle. Así como no hay que recurrir á un sargento para enseñar á andar á

un niño, del mismo modo no conviene para acostumbrarle á observar y reflexionar, imponerle el yugo de una disciplina geométrica. Debe dejarse al niño que intente marchar por sí solo, aún á riesgo de dar algunos traspiés; como debe permitírsele que mire y examine libremente, de derecha á izquierda, según su fantasía, aunque se equivoque en sus investigaciones y cometa errores. Á costa de esto es únicamente como aprenderá á pensar por sí mismo; y por el contrario, una reglamentación excesiva oprime y suprime esta espontaneidad natural, que es necesario respetar si se quiere educar inteligencias dóciles, ricas en imágenes y en ideas, y formar espíritus libres.

Nada demuestra mejor lo que había de artificial y de falso en los procedimientos de Pestalozzi, que el cuadro satírico, acaso un poco recargado, que ha trazado Ramsauer, de los ejercicios á que él mismo estuvo sometido durante su estancia en el Instituto de Burgdorf. «Lo que hacíamos mejor, dice, eran los ejercicios de lenguaje, sobre todo los que tenían como objeto el viejo tapiz, todo lleno de agujeros, que Pestalozzi nos obligaba á considerar en todos sus detalles, durante horas enteras.—Niños, ¿qué véis?—Yo veo un agujero en el tapiz.—Bien, repetid conmigo: Yo veo un agujero en el tapiz... Yo veo un agujero muy grande en el tapiz... Detrás del tapiz veo la pared, etc...» Estos ejercicios un poco grotescos, no son más que la caricatura de la enseñanza intuitiva. Pero,

¿por qué, en lugar de la tapicería rota y fuera de uso que en la pobreza de su material escolar Pestalozzi hacía estudiar á sus alumnos y cuyo análisis circunstancial no podía casi excitar ese interés que él consideraba, sin embargo, como el principio del progreso en el estudio, no les mostraba objetos naturales, verdaderos materiales de lecciones de cosas bien comprendidas, cuyo examen diese lugar á una serie de observaciones interesantes, y les preparase para la adquisición de otros tantos conocimientos útiles y prácticos? Y en el tapiz mismo, á pesar de lo miserable del objeto de estudio, ¿no debía haber llamado la atención de sus alumnos sobre otras cosas, además de los accidentes de forma y figura, ancho y largo, número de agujeros, como ejemplo, de qué materias textiles estaba hecho, qué obreros lo habían fabricado, á qué usos estaba destinado, etc., etc?...

Pestalozzi, por una especial contradicción con sus propios principios, olvidaba la realidad y la naturaleza y se entretenía en cuestiones de vocabulario. Además, al hacer esto, pretendía aplicar una de sus teorías favoritas, á la que concedía muy injustamente una importancia capital. Me refiero á su famosa clasificación que consistía en reducir todos los conocimientos elementales á tres principios, á una especie de trilogía: el número, la forma y la palabra, ó, en otros términos, á la aritmética, la geometría y el lenguaje. En la ingenuidad de su escasa filosofía, se envanecía de haber hecho un gran des-

cubrimiento. Presentaba su teoría como una especie de revelación maravillosa que un *Deus ex machina*, como él decía, le había suministrado, para sacarle de su apuro, en medio de sus laboriosas investigaciones, como un relámpago que hubiera iluminado de repente «sus vagas y vacilantes fantasías». Lo que le seducía era que con su teoría pensaba haber llegado á distinguir en las cosas lo esencial de lo accesorio, las cualidades comunes á todos los objetos, de las que no son más que accidentales. Todo lo que existe materialmente tiene, en efecto, una forma; todos los objetos pueden contarse y sumarse, y todos también deben expresarse con palabras. Pero, ¿por qué hacer una categoría aparte con la «palabra», puesto que la «palabra» es la expresión de todo pensamiento, de cualquier naturaleza que sea, puesto que no se pueden contar las unidades ó definir las formas más que con palabras? Por otra parte, ¿no poseen las cosas de la naturaleza otras cualidades que les sean comunes? Pestalozzi, que cita con frecuencia las mujeres del Apenzel, por la costumbre que tienen de suspender, sobre la cuna de los recién nacidos, pájaros de papeles de colores variados, ¿cómo pudo olvidar que el color también es una cualidad universal de las cosas? ¿Por qué no conceder un puesto en los estudios elementales á la composición de los cuerpos, sus usos, sus causas y sus efectos? Un niño no estará, en realidad, instruído si sabe solamente calcular, medir y hablar. Le faltará, aunque sus conocimientos no

vayan más lejos, todo lo que las ciencias naturales y físicas contienen de saber útil. Calculador y geómetra no alcanzará, de las realidades complejas del mundo y de la naturaleza vivas, más que dos abstracciones: figura y número.

No es ésta ocasión de insistir en el concepto estrecho y mezquino que prueba cuán expuestos están, aun los espíritus más libres de las viejas rutinas, á crear otras nuevas. Nos detendremos únicamente en uno sólo de sus principios: en la importancia que, con razón, concede al estudio de las palabras. El lenguaje, cuando responde á intuiciones claras, cuando es la forma exterior exacta del pensamiento preciso y claro, es, como él pensaba, el instrumento esencial de la emancipación de los espíritus. Y no se alabará bastante á Pestalozzi por haberse dedicado á buscar medios prácticos que estableciesen una adaptación rigurosa de la idea y de la palabra entre la conciencia y los labios del niño. «Si los pueblos de Europa, decía, han caído tan bajo, es porque en las escuelas populares se ha dado, á palabras vacías de sentido, tal importancia, que se ha destruído en el espíritu humano, no sólo la atención á las impresiones de la naturaleza, sino hasta la facultad de recibir estas impresiones. No se ha enseñado á los niños más que á hablar...» La lengua debe enseñarse con el uso, y como se ha dicho, Pestalozzi escamoteaba la gramática. Es cierto, que aún en este asunto, el mecanismo artificial no estaba aún bastante severamente proscrito por él. Así, impacien-

te y apremiado por desarrollar rápidamente el vocabulario de sus alumnos, les hacía aprender de memoria largas listas de palabras, que no guardaban relación alguna con su propia experiencia, y estudiar sin motivo los ejercicios de lenguaje más allá de las intuiciones ya adquiridas. Por la misma razón, con pretexto de que es necesario saber describir antes de saber definir, les hacía recitar descripciones, ya compuestas, como, por ejemplo, la de la marcha ó la del descanso. El adversario de la instrucción libresca y de la charlatanería escolar, venía á dar en un nuevo verbalismo.

«Mi sistema, decía, es un refinamiento de la naturaleza.» Él refinaba, en efecto, y con exceso. Véase, por ejemplo, cómo entendía el estudio del dibujo. «La naturaleza, según él, no presenta al niño líneas; le presenta las cosas en una complejidad variada de formas.» De lo cual, al parecer, él hubiera debido deducir lógicamente que el niño, en sus primeros tanteos de dibujo, debe ejercitarse en representar las cosas tal y como las ve. Pero no es ésta por completo su conclusión; por el contrario, aconseja se haga trazar al niño líneas, arcos y ángulos. En esto va en contra del primitivo instinto de la humanidad y de la infancia. Los viajeros nos dicen que entre los salvajes, por ejemplo, es desconocida la idea del ángulo recto, y que en Abisinia, lo mismo que en el Congo, las casas como las chozas son, por lo general, redondas. La abstracción domina en este singular *A B C de la intuición*,

con el que Pestalozzi pretendió reducir la diversidad de formas naturales á formas geométricas (1). «Si en mi vida hay algo meritorio, es el haber colocado el cuadrado como base de la enseñanza intuitiva», declaración que, aunque seriamente expresada, nos hace sonreír. Por fortuna Pestalozzi tuvo otros méritos. «Es grande el error, ha escrito Ravaisson (2), maestro en estas materias, de los que quieren reducir el arte del dibujo á una especie de ciencia fundada en la geometría. Esta fué una invención de Pestalozzi, que creyó con esto haber encontrado el medio de poner el dibujo al alcance de las clases obreras.» Y Ravaisson termina diciendo que «simplificar los contornos de las cosas, tan complicadas en los seres vivos, reduciéndolas á líneas rectas y curvas, es alterar las formas y envilecerlas, á la manera de los materialistas». Sin duda alguna en la concepción de Pestalozzi no había el menor rastro de materialismo; cedió sencillamente á la tendencia

(1) Téngase en cuenta, sin embargo, que otro maestro en estas cuestiones, M. Eugenio Guillaume, da la razón á Pestalozzi y quiere que el que comience á dibujar lo haga por el estudio de las líneas geométricas. Esta práctica es la que ha prevalecido. La idea pestalozziana, como principio inspirador, ha penetrado en todas las escuelas.

(2) Véase su artículo *Historia de la enseñanza del dibujo*, en el *Dictionnaire de Pédagogie*, de M. F. Buisson.

de introducir en los estudios elementales un rigor completamente geométrico. Esta tendencia se agravó en Yverdon, donde, por influjo de Schmid, las matemáticas llegaron á ser la preocupación principal. El Padre Girard lo hace notar en su *Informe oficial* de 1808: «He hecho observar á mi viejo amigo Pestalozzi que las matemáticas ejercen en él un imperio desmesurado y que temo las consecuencias que pueda tener en la educación...» Pestalozzi no lo negó, y respondió con su acostumbrada vivacidad: «Es que yo quiero que mis alumnos no crean nada más que aquello que se les pueda demostrar, como dos y dos son cuatro.»

Sorprenderá seguramente que, en un apóstol de la naturaleza, por una desviación involuntaria de sus principios, se encuentren procedimientos artificiales de sujeción y de reglamentación extremadas. Decía que no había necesidad de llevar al niño ni al bosque, ni al campo, para enseñarle á conocer los árboles y las plantas. Y lo razonaba diciendo que, en el bosque y en el campo, los árboles y las hierbas están confundidos, y las especies vegetales mezcladas. De todo esto puede deducirse que se dejaba llevar un poco al azar, flotando de un método á otro, y que era más capaz de inspiraciones súbitas que de reflexiones sostenidas. «Todos los días veo cuán desconocidos me son los resultados de mi método.» No hubiera estado menos embarazado si hubiera tratado de coordinar reglas tan frecuentemente inconciliables.

Afortunadamente introdujo innovaciones en muchas cosas y aplicó el principio de la intitución. En Yverdon enseñaba la geografía sobre el terreno, en los valles vecinos, en las montañas del Jura. Los alumnos traían de sus excursiones arcilla de que inmediatamente se servían para reproducir en relieve el valle que acababan de estudiar sobre el terreno. Y únicamente después de varios días de trabajo, cuando el relieve estaba terminado, se pasaba al estudio en los mapas. Á Pestalozzi atribuye el célebre geógrafo alemán Carlos Ritter el mérito de haberle inspirado en la dirección de sus trabajos. «Pestalozzi, dice, no sabía de geografía lo que hoy sabe un niño de nuestras escuelas primarias, y, sin embargo, hablando con él durante las varias visitas que hice á Yverdon, sentí despertarse en mí el instinto de los métodos naturales.»

¡De cuántos procedimientos, hoy día familiares en todas las escuelas del mundo, no ha sido Pestalozzi el iniciador! ¡Cuántos maestros son pestalozzianos sin saberlo! Él fué el primero, quizá, que subordinó la lectura á los ejercicios orales, reforma capitalísima. Para enseñar á hablar, no siempre se atuvo al viejo tapiz de Burgdorf: desea que á los niños se les haga ver, oír y tocar las cosas que les gustan y cautivan su atención. Retrasa la lectura todo lo más posible. El niño debe saber hablar antes de aprender á leer. Para la lectura emplea letras móviles, pegadas en un cartón, de modo que se pue-

da, aproximándolas, presentar ante los ojos todas las combinaciones de sílabas. Para impresionar los sentidos, multiplica las pequeñas invenciones; así, por ejemplo, las vocales son de color rojo. Otro procedimiento que consideraba de gran valor era el del deletreo rítmico: los niños repetían en coro la letra ó la sílaba que descifraban. Coloca la escritura después del dibujo. «La escritura es una especie de dibujo lineal especial, que llega á ser para el niño un juego tan pronto como sus ojos y su mano han sido convenientemente ejercitados». Para la escritura como para el dibujo recomienda la pizarra y el lápiz, que deben preferirse á la pluma y el papel. Enseña la aritmética experimentalmente y por medios concretos. Antes de concebir los números abstractamente, el alumno debe haber comprendido el valor material, sumando objetos reales: cerezas, nueces, etc. Antes de calcular con símbolos 10, 12, es necesario que haya contado materialmente los diez dedos de la mano, los doce meses del año. Los primeros cálculos deben hacerse de cabeza, mentalmente, sin el socorro del papel. Pestalozzi es uno de los promovedores del cálculo mental. Sus alumnos de Burgdorf y de Yverdon adquirieron en poco tiempo una facilidad asombrosa en esta clase de ejercicios. Del mismo modo, en geometría se operaba primeramente en objetos materiales. «Nosotros inventábamos la geometría», decía un alumno de Yverdon.

La instrucción elemental, en el plan de Pesta-

lozzi, se dirige á todas las facultades, «las manos tanto como la cabeza y el corazón», según sus propias expresiones. El primer deber del educador, es, sin duda alguna, formar hombres. «Dedicaros á desarrollar el niño, no á amaestrarlo, como se hace con un perro.» Pero á esta cultura general es necesario añadir inmediatamente un principio de educación profesional. Pestalozzi se quejaba amargamente de que el pueblo no dispusiera de alguna enseñanza técnica, «salvo en lo que concierne al arte de matar los hombres». Quería, por consiguiente, introducir en la escuela, si no el aprendizaje de tal ó cual oficio determinado, por lo menos una especie de preparación general á todos los oficios. Soñaba con componer un *A B C técnico* en que se estableciesen ejercicios graduados de acciones elementales: llevar, arrojar, tirar, empujar, lanzar, torcer. El niño aprendería así á desarrollar sus aptitudes físicas y adquiriría la ligereza de movimientos, y la habilidad para servirse de sus órganos que exige la práctica de todos los oficios.

El ejercicio, la experiencia, el uso, son las condiciones de la educación bajo todas sus formas; tanto tratándose de la cultura moral como refiriéndose á la evolución intelectual. Si es verdad que un maestro puede comunicar á sus alumnos las cualidades que él posee, ¿cómo poner en duda que Pestalozzi sobresalió en la educación moral? Aun en esto la intuición será la base fundamental, el principio. Nada de precep-

tos, nada de lecciones. Creo que nunca pensó Pestalozzi en redactar un código de moral teórica ó práctica. Porque de haberlo hecho se habría aproximado á las doctrinas de Kant, como lo demostraría, por ejemplo, con la bella máxima de que: «Cuando yo mismo me perfecciono, hago, de lo que *debo*, la regla de lo que *quiero*». Pero no fué así, porque apoyándose en los buenos sentimientos del niño, hábilmente excitados, pretendió establecer un desarrollo natural, orgánico, de la moralidad práctica: la educación libre de la personalidad. Del mismo modo que su discípulo hablará antes de saber leer; del mismo modo que cantará, intuitivamente, porque habrá oído cantar, antes de conocer una sola nota; del mismo modo será virtuoso sin que se le haya hablado de la virtud. Pestalozzi pensaba dentro de su optimismo que basta con despertar las fuerzas latentes de la conciencia para conducir la humanidad á la práctica del bien. «En Stanz, dice, no enseñé ni moral, ni religión.» Pero desarrollando en sus ochenta huérfanos un sentimiento fraternal, una especie de espíritu familiar, creía dirigirlos con seguridad hacia sentimientos de justicia y honor. «Me esforcé, dice, en despertar el sentimiento de cada virtud, sin pronunciar su nombre.» En otros términos, quería construir la moralidad sobre el corazón y la sensibilidad. Con el corazón trataba á sus alumnos y no con la seca autoridad de una enseñanza abstracta. Ningún maestro ha llegado á hacerse amar tanto como él. «Nosotros

le amábamos, declara uno de sus alumnos, porque todos sabíamos que él nos amaba.» Además, ¿no es él quien ha dicho: «La educación debe ser benévola, debe ser una bondad continua?»

Buscaba todas las ocasiones posibles de incitar á sus alumnos á manifestar sus instintos generosos y de acostumbrarlos á vencerse á sí mismos en sus malas disposiciones. Se cita con frecuencia este interesante trozo de una de una de sus cartas á Gessner, la que escribió en 1779, durante su permanencia de algunas semanas en Gurnigel: «Cuando llegó á Stanz la noticia del incendio de Altorf, reuní á mis huérfanos y les dije: «Altorf ha ardido; quizás en estos momentos cien niños pobres estén sin abrigo, sin pan y sin vestidos. ¿Quereis que pidamos á nuestro buen gobierno que nos envíe veinte ó treinta que instalaremos en nuestra casa?» Y todos unánimemente me respondieron: «¡Sí! ¡Sí!» «Pero reflexionad, hijos míos, añadí, que nuestra casa es pobre. Que si se aumenta con esos niños, vosotros tendréis menos que comer y más que trabajar, y quizás estaréis obligados á repartir con ellos vuestros vestidos.» Después de haberles hablado así, con todo el talento de que yo era capaz, les hice repetir mis palabras con el fin de asegurarme de que me habían comprendido y presenté de nuevo la cuestión; y todos me respondieron á una: «¡Sí! ¡Sí!; y aun cuando tengamos menos que comer y más que trabajar, estaremos contentos de que vengan.»

No era en la escuela donde Pestalozzi espera-

ba conseguir la influencia más eficaz para provocar estas emociones generosas; lo esperaba, sobre todo, de la familia, por la acción de la madre. Los sentimientos de amor, de gratitud, tienen su principal origen en las relaciones que existen entre la madre y su hijo. La madre siembra el amor en el corazón de su hijo. Pestalozzi colocaba á la madre amante y celosa de sus deberes por encima de todo. «La cosa esencial, jóvenes madres, es que vuestro hijo os prefiera á todo y que, por vuestra parte, no prefiráis nada á él». No hay nada tan patético como las repetidas excitaciones que dirige al amor maternal en su décima tercera *Carta á Gessner*. Las invocaciones de Rousseau parecen frías á su lado. Era inútil decirle: «Madres como usted quiere, no las encontrará. Para dejar sus obligaciones, pretextarán las necesidades de su trabajo ó las obligaciones de su taller». Á lo que él replicaba con entusiasmo: «Quiero llegar á vencer aun á las madres paganas de las regiones más apartadas del universo. Y me confío á las madres de mi país y á los corazones que Dios ha colocado en sus pechos.»

Si la madre es la reveladora de las emociones morales, es también la que inicia al niño en los sentimientos religiosos. La religión de Pestalozzi era una religión sincera, llena de manifestaciones sentimentales, casi místicas y devotas. En Neuhof se reprochaba como un crimen haber olvidado sus oraciones. Con su corazón es con lo que creía en Dios. «El Dios de mi cerebro

es una quimera; yo no conozco otro Dios, que el Dios de mi corazón; y solamente por la fe en el Dios de mi corazón es por lo que me siento hombre. Madre, madre mía, tú me has mostrado á Dios en tus preceptos y yo le he encontrado en mi obediencia... Madre, madre mía, si yo te amo, amo á Dios y mi deber es mi bien supremo...» Así, para él, la madre es el intermediario entre el niño y Dios. El amor filial conduce al amor divino. Pestalozzi separaba de su fe los dogmas del cristianismo, pero conservaba su espíritu. La verdadera religión, decía, no es otra cosa que la moralidad. Muy indulgente con la piedad natural («yo no soy de los que ponen en ridículo el rosario y el devocionario de las pobres gentes»), él mismo se contentaba con adorar, é invocar la Bondad infinita, el Amor difundido por todas las cosas. Y bajo esta forma quería que Dios fuese presentado al niño. «Después de haberle enseñado sobre su regazo á balbucear el nombre de Dios, la madre le mostrará el Amor universal en el Sol que sale, en el arroyo que murmura, en las gotas de rocío que brillan como perlas sobre las plantas, en los colores brillantes de las flores» (1).

(1) Tal vez se habrá notado que en ninguno de los escritos de Pestalozzi se habla de una educación especial de la mujer. Preocupado ante todo de la educación elemental, no distinguía las muchachas de los muchachos en sus escuelas primarias de Neuuhof, Stanz y Burgdorf. Estaba conforme, tratándose de

El método de Pestalozzi, en su conjunto y en todas sus aplicaciones, se limita á ser un método de instrucción elemental, lo cual no disminuye en nada sus méritos. Él recibió un don especial para la educación de los niños. El fin que persiguió durante toda su vida, fué única y exclusivamente este grado de la educación. No tuvo más aptitud que ésta. Comprendía perfectamente que no había trabajado y no podía tener éxito más que en la educación de la infancia. «Al poner el pie en el primer escalón del castillo de Burgdorf, me sentí perdido, porque entraba en una profesión que no podía producirme más que desdichas, por no poseer en modo alguno, las fuerzas y el talento que exige la dirección de un colegio.» Así lo han comprendido también la mayor parte de sus críticos. Destutt de Tracy decía: «El método de Pestalozzi no dará todo lo que promete más que aplicado á la instrucción de aquellos que poseen una muy limitada.» Y ésta era también la opi-

niños pequeños, con el principio de la coeducación. Cuando llegó á Director del Instituto de Yverdon, en 1806, tuvo buen cuidado de organizar, anejo al establecimiento, un Instituto especial de muchachas, cuya dirección confió en 1807, á la viuda de su hijo, después Mme. Custer. En 1808, el establecimiento fué reorganizado y colocado bajo la dirección de Mme. Rosette Kasthofer que, en 1814, se casó con Niederer. Del mismo modo Pestalozzi no tuvo opiniones particulares acerca de la educación femenina.

nión de Mme. de Staël: «Es necesario considerar la obra de Pestalozzi limitada por ahora á la infancia.»

Sabemos, y ya lo hemos dicho antes, que Pestalozzi llevó sus miras más lejos. Sus colaboradores fueron principalmente los que le sugirieron esta ambición. En efecto, escribió á Maine de Biran, diciéndole: «Se equivocan los que crean que mi método no debe exponer más que los primeros elementos del saber y de la educación. Es necesario que la adolescencia sea también dirigida según los mismos principios y el mismo espíritu.» En otros términos, creía posible la extensión de su método de educación elemental á los estudios secundarios. En todos los grados de la enseñanza, es cierto, es bueno que el maestro sea un agitador de los espíritus, que interroge, que haga obrar, que suscite la iniciativa y la investigación personal, y así creemos que todos los profesores, de cualquier orden que sean, encontrarán algo que aprender en la escuela de Pestalozzi. Sin embargo, es evidente que un método que ante todo es intuitivo, inductivo, experimental, como lo es el de Pestalozzi, no se ajusta con exactitud más que á los comienzos de la instrucción. Más tarde, cuando el espíritu está ya formado, el método didáctico, deductivo, de exposición, recupera sus derechos; y en este terreno Pestalozzi era completamente incapaz de sobresalir.

Debe contentarse con la gloria de haber sido uno de los fundadores de la escuela popular;

gloria exclusiva suya, y no por eso menos hermosa. En la escuela popular está su dominio propio, el honor y al mismo tiempo el límite de su poder educador. Trabajó durante medio siglo con un ardor incomparable por simplificar la instrucción elemental. En 1816, escribía á Nicoloyius: «Si no consigo por lo menos preparar la aplicación de la instrucción elemental en las escuelas para los pobres, y en asegurar su ejecución después de mí, la cosa esencial en la que todavía puedo servir á la humanidad, será perdida: habré trabajado en vano.»

No, no trabajó en vano; porque si no logró terminar completamente su obra, en cambio siempre se encontrarán en sus escritos inspiraciones, y en sus acciones, ejemplos para dirigir los primeros pasos del niño; á esta edad, en la que, como dice Mme. de Staël, parece «que el Creador sostiene al niño por la mano para ayudarle á marchar dulcemente sobre las penalidades de la vida»; pero donde también es necesario, sin embargo, que la mano del hombre intervenga, una mano dulce y firme, que guíe sin contrariar, que separe los obstáculos, que facilite el esfuerzo, que desembarace el camino del saber de todas las dificultades á que están expuestos á chocar los primeros pasos del niño, todavía vacilantes é inseguros.

VII

El influjo de Pestalozzi ha sido considerable. Veinte años después de su muerte, el 12 de Enero del 1846 (1), celebraron el aniversario cincuenta y nueve ciudades de Suiza y Alemania; y pudo verse, en la afluencia, el celo y el entusiasmo de los concurrentes, cuán duradera y profunda acción había ejercido en los espíritus, y hasta qué punto sus ideas se habían extendido y fructificado por toda la Europa central. No se equivocó cuando decía en el prólogo de su *Manual de las Madres*: «Las formas de mi método perecerán, pero el espíritu que le anima, el espíritu de mi método, sobrevivirá». El célebre director de la Escuela normal de Berlín, Diesterweg (2), fué el principal organizador de esta ceremonia de conmemoración, y le rindió un homenaje glorioso en un discurso en que comparaba las escuelas antiguas con las de mediados

(1) En Berlín y en Copenhague, su aniversario fué verdaderamente solemne.

(2) Diesterweg cayó en desgracia poco tiempo después y fué declarado cesante en 1847. El entusiasmo que había desplegado en servicio de la pedagogía liberal de Pestalozzi, no dejó de influir en su revocación.

del siglo xix, y concedía á Pestalozzi la gloria de los cambios ocurridos. «Su obra, decía, ha llegado á ser el fundamento de las escuelas públicas alemanas», y citaba la larga lista de educadores alemanes que más ó menos directamente proceden de él. Además, para honrar efectivamente la memoria del gran maestro, proponía que se organizase un asilo de huérfanos con el nombre de «Instituto pestalozziano».

Pero ya en vida había presenciado Pestalozzi la triunfante propaganda de su doctrina. Se ha dicho que él sabía mejor «formar ideas que hombres» ¿Qué representa, sin embargo, esa legión de discípulos, cuya vocación determinó, que inflamó con su entusiasmo y que se esparcieron por todos los países sembrando la idea pestalozziana? Bastaba, muchas veces, con una simple entrevista, con una conversación de algunas horas, para que un interlocutor indiferente fuese conquistado, ó para que un pasajero se convirtiese en un nuevo apóstol: así sucedió, por ejemplo, con el joven barón alemán Rennecamp, huésped durante algunos días, en 1808, del Instituto de Yverdon, que poco tiempo después, en Coppet, en los salones de Mme. de Staël, elogiaba con entusiasmo á Pestalozzi y á su método. Mientras que él hablaba, una de sus oyentes, Mme. Récamier, no decía nada ocupándose en arreglar un bucle de sus hermosos cabellos; pero Benjamín Constant, que asistía también á la reunión, al mismo tiempo que miraba á Mme. Récamier, escuchaba y pedía detalles más

amplios acerca del reformador. Mme. de Staël, atenta, seguía la conversación con una curiosidad marcada, que algunos meses después debía satisfacer visitando Yverdon. Aplaudía al joven intérprete del método cuando decía que el maestro de Yverdon, en lugar de establecer como fin de la educación la adquisición de conocimientos, lo cual no es más que un medio, sostenía que el verdadero fin es el desarrollo de la inteligencia. Tales elogios la decidieron á preparar su entrevista con Pestalozzi. Ella le escribía entre otras cosas: «Estoy convencida de que vuestros métodos pueden hacer la dicha de la mayor parte de nuestros semejantes, y especialmente de los más desgraciados y de los más abandonados»...

En Alemania es, naturalmente, donde más se ha extendido el influjo de Pestalozzi. La Sajonia y el Wurtemberg le deben, en parte, sus progresos escolares. Ya hemos dicho antes qué lazos le unían con Herbart y también con Fichte. Al filósofo del «yo» no podía seducirle más que una pedagogía que aspirase á formar, ante todo, la personalidad humana. En sus discursos públicos, en el momento mismo que, después de la d errota de Jena Prusia emprendía la reforma de sus escuelas, él saludaba en Pestalozzi al «hombre de genio que había emancipado el arte de la educación de la rutina y del empirismo, para fundarlo sobre leyes filosóficas». Y, en una carta íntima, dirigida á su mujer, la recomienda la lectura de las *Cartas  a Gessner* en estos

términos: «En este sistema de educación encuentro el verdadero remedio de los dolores de la pobre humanidad», y también (y esto no debía desagradar á un pensador tan oscuro) «el único medio de hacerla capaz de comprender mi propia filosofía». También debe contarse á Fröbel entre los admiradores de Pestalozzi. En 1805, estuvo por primera vez en Yverdon. Volvió en 1808 y permaneció dos años acompañando á tres discípulos que asistían á todas las clases del Instituto. «Esta época, escribió, fué decisiva en mi vida». El futuro creador de los «Jardines de la infancia», de la escuela de párvulos, no podía por menos de sentirse arrastrado, por una simpatía secreta, hacia el fundador de la escuela elemental que es su continuación.

Del impulso impreso por Pestalozzi no salieron solamente teorías pedagógicas y planes de organización escolar. Nacieron también otros establecimientos reales, una multitud de escuelas, hechas á imagen de aquellas en que él había enseñado y, sobre todo, de la que él había imaginado. Se necesitaría un volumen para enumerar todas las fundaciones que él inspiró: en Berlín, la escuela de Plamann (que había sido oyente suyo durante algún tiempo); esta escuela se inauguró en 1805 y ha subsistido hasta 1830; en Francfort, que llegó á ser un foco del pestalozzianismo, la escuela de Gruner, en que Fröbel enseñaba; en Maguncia, la escuela de F.-J. Muller, fundada hacia 1804. En Francia no sabemos hasta qué punto y cómo Pestalozzi agi-

tó y se apoderó de los espíritus alemanes (1). En 1808, un ministro de Wurtemberg escribía: «Nuestro rey es pestalozziano de los pies á la cabeza». En 1809, Nicolovius, antiguo amigo de Pestalozzi, fué nombrado director de Instrucción pública del reino de Prusia; solicitó su concurso y le escribió, diciendo: «Ven á ayudarnos; lo que pensábamos juntos en NeuhoF va á ser una realidad. El grano de semilla que tú arrojes, germinará y llegará á ser un árbol cuya sombra abrigará á todo un pueblo...» Y cuando Pestalozzi supo que el gobierno prusiano se preparaba á reorganizar las escuelas según sus principios, tuvo momentos de gran confianza en el porvenir y contestó, con la alegría de un niño: «Ya no moriré sin que la cosecha que sembré llegue á su madurez. Siempre viví aguardando á un rey que tuviera el valor necesario para hacer el bien de los hombres. Este rey tú lo has encontrado, está ahí!»

Si los países alemanes, como es natural, fueron los que más particularmente sufrieron el influjo pestalozziano, no hubo, sin embargo, casi ninguna región de Europa, en el Norte como en el Mediodía, que permaneciese extraña al movimiento; y, cosa curiosa, España fué una de las primeras naciones que trataron de importar el método pestalozziano. Hubo varios ensayos; primero en una escuela de un regimiento de Tarra-

(1) En 1870, el novelista Gutzkow publicó una novela titulada los *Fils de Pestalozzi*.

gona, que mandaba Voitel, capitán suizo al servicio de España; después en una escuela normal organizada en Santander para formar maestros por el nuevo método, y, por último, en Madrid, en una escuela especial titulada *Real Instituto Pestalozziano militar* (para justificar el empleo de la última palabra debe tenerse presente que Pestalozzi, en Burgdorf y en Yverdon, hacía ejecutar á sus alumnos algunos ejercicios militares). La escuela madrileña fué colocada primeramente bajo la dirección del capitán Voitel y después bajo la de Amorós, que más tarde se dió á conocer en Francia como propagandista de la enseñanza de la gimnasia. El pestalozzianismo estuvo de moda. El infante D. Francisco de Paula fué educado según sus métodos, y la escuela para pobres se convirtió en escuela para príncipes. De este modo se cumplía el deseo de Pestalozzi, que quería que la instrucción fuese la misma para todos. Pero los sucesos políticos suspendieron bruscamente este ensayo, y el *Instituto* de Madrid se cerró en 1808 y no se volvió á hablar de Pestalozzi en España (1).

Nadie, salvo Comenius (del que puede considerarse á Pestalozzi como un continuador), ha extendido tan lejos, á través de Europa, la propaganda de sus ideas. El pedagogo moravo del siglo xvii se parece en más de un aspecto al pedagogo suizo del xviii. Le ha precedido, en efecto, por sus presentimientos pedagógicos.

(1) Véase el apéndice.

Como él, ó más que él, llevó una vida errante y agitada. Este primer evangelista de la educación moderna fué á predicar su fe á Inglaterra y á Suecia. Pestalozzi, es cierto, no hizo tan largos viajes, pero, sin embargo, su doctrina circuló por todas partes gracias á los emisarios que venían á estudiarla en su origen y á recogerla de sus labios. Para esto el gobierno danés envió á Burgdorf, en 1803, varios maestros que, á su regreso, abrieron una escuela pestalozziana en Copenhague. Los reyes que improvisó Bonaparte demostraron por el A B C menos desdén que él: el rey de Nápoles, Murat, en 1812, y el rey de Holanda, Luis Bonaparte, en 1807, trataron de introducir en las escuelas de estos dos países los métodos de Pestalozzi. El éxito, sin embargo, no acompañó siempre estas tentativas de imitación, debido á que discípulos torpes no aprovecharon del método más que las formas exteriores, el simple mecanismo, sin lograr obtener del maestro el espíritu que animaba el sistema y le hacía fecundo.

En Inglaterra el esfuerzo fué constantemente renovado y debido á esto se conservó. Pestalozzi había recibido en Yverdon á gran número de visitantes ingleses, entre otros á Roberto Owen, el famoso filántropo, y á Enrique Brougham, el campeón de la educación popular, el que había dicho con cierto énfasis: «Tiempo llegará en que el maestro y no el cañón, será el árbitro del mundo». Pero sobre todo, fué con J. Greaves, un joven filósofo, casi desconocido, con quien

Pestalozzi entró en gran familiaridad. Greaves vivió en Yverdon de 1817 á 1822 y durante estos cuatro ó cinco años, llegó á ser el amigo íntimo de Pestalozzi. Le servía de intérprete y de *cicerone* con los visitantes ingleses. Estuvo encargado de la enseñanza de la lengua inglesa en la escuela normal de Clindy. Pestalozzi le apreciaba tanto, que llegó á decir que «era el único hombre que había comprendido con claridad el fin que perseguía». El celo de Greaves era tan grande que le llevaba, no sólo á abrazar con pasión las ideas y proyectos de Pestalozzi, sino también á tener cuidado de su persona. Se cuenta, que sufría muchísimo con el abandono en el modo de vestir de su maestro, que casi nunca vestía con aseo, más que en momentos solemnes ó cuando tenía que visitar á soberanos. Se afligía de la impresión desagradable que producía á los extranjeros ver sus vestidos usados y rotos, y «su viejo paletot gris»; para remediarlo encargó, discretamente, á un sastre un vestido nuevo que colocó durante la noche en el guardarropa, al lado de los vestidos viejos... Pestalozzi no opuso resistencia y acaso, distraído, no se apercibió de la sustitución... Él correspondió al cariño de Greaves, y para él redactó, de 1818 á 1819, las *Cartas sobre la educación elemental*, que aquél tradujo al inglés y publicó en Londres en 1827. Tal vez sea la mejor exposición que Pestalozzi haya hecho de su doctrina. En ella reproduce sus elocuentes alocuciones á las madres, dirigidas «á las ma-

dres de la Gran Bretaña»; é insiste en su teoría de que el alumno no debe ser un instrumento pasivo, y que su educación no será sólida, si no es al mismo tiempo «agente». Greaves, á su vuelta á Inglaterra fundó, cerca de Richmond, la escuela de Ham, donde intentó aplicar los procedimientos de Yverdon. Se le había adelantado, en Irlanda, Singe, otro gran admirador de Pestalozzi que, después de haber pasado algunos meses en Suiza, publicó en Dublin, de 1815 á 1817, varias obras anónimas en que contaba la vida de Pestalozzi y analizaba sus escritos (1). A Greaves siguió el Reverendo Mayo, que en 1819 llevó á Yverdon una quincena de sus compatriotas y que á su regreso en Inglaterra se dedicó á vulgarizar los métodos pestalozzianos. Con la ayuda de Renier, un discípulo de Yverdon, y de su hermana, Miss Mayo, organizó un colegio; compuso varios libros impregnados de pestalozzianismo: *Lecciones de cosas*, *Lecciones acerca de los números*, *Lecciones acerca de la forma*. De este movimiento salió, en 1836, la sociedad escolar que, bajo el nombre de *Home and Colonial School Society* ha prestado señalados servicios á la educación popular inglesa.

(1) Sullivan, inspector de las escuelas irlandesas, escribió que el origen de todas las mejoras que introdujo en la instrucción primaria de su país, se encuentra en las obras de Pestalozzi. (*Papers on popular Education*, Dublín, 1863).

Una prueba significativa de su importancia, es que uno de sus miembros, Renier, fué elegido por la Reina Victoria como profesor de sus hijos. Y lo que indica que Pestalozzi ha conservado algún crédito en Inglaterra hasta nuestros días, es el ser único educador extranjero que Spencer menciona en su libro sobre *La Educación*, y que el profesor J. Payne le dedica, en 1875, su hermosa conferencia titulada, «*Influjo de los principios y de la práctica de Pestalozzi sobre la educación elemental*», uno de los estudios más sugestivos que se han escrito sobre el asunto.

Nos sería imposible seguir el influjo de Pestalozzi. Su nombre, acompañado de sus ideas, ha dado en realidad la vuelta al mundo. Uno de los asistentes á su enseñanza, Muralt (1), instaló en San Petersburgo, hacia 1815 y bajo el patronato del Zar Alejandro I, un seminario de educación para las clases elevadas de la sociedad rusa. La obra del reformador de las escuelas de Finlandia, Uno Cygnæus, se debe, en parte, á su inspiración. En el nuevo como en el viejo mundo tuvo adeptos. Los Estados Unidos recibieron la primera indicación del método pestalozziano de París; desde 1803, Neef, profesor de Burgdorf, estaba encargado de enseñar en un asilo de huérfanos parisién. Un día tuvo el honor de recibir

(1) Von Muralt pertenecía á una familia noble de Zurich; vivió muchos años en París.

la visita oficial de Napoleón acompañado de Talleyrand. Un ciudadano americano, Mac Lure, que asistía á la entrevista, admirado de los resultados obtenidos, convenció á Neef para que abandonase Francia y fuese á Filadelfia y después á Newharmonie á organizar la enseñanza pestalozziana (1). Más tarde fué allá el hijo de Krusi, del primer asociado que tuvo Pestalozzi en Burgdorf, que emigró á América y llegó á ser profesor de ciencia de la educación en la escuela normal de Oswego, cuyo fundador, Sheldon, introdujo y aplicó la enseñanza por el aspecto. La escuela de Oswego, creada en 1860 en el Estado de Nueva York, es, quizá, la que ha ejercido mayor influjo sobre la educación profesional de los maestros americanos. «Esto se debe, dice la *Monografía* enviada á la Exposición universal de 1900, á que el director, Sheldon, aplicó prácticamente el método y las ideas de Pestalozzi». Algunos años antes, otro americano, Lowel Mason, adoptó el método de Pestalozzi para la enseñanza del canto (2) tal y como lo tenían establecido los dos profesores de Yverdon, Pfeiffer y Nægeli; y en una conferencia varias veces repetida delante de diversos auditorios, expuso á sus ciudadanos el método de Pes-

(1) Véase un folleto de M. Will. S. Monroe, titulado *Joseph Neef and Pestalozzianism in America*. Boston, 1894.

(2) Véase el *Pestalozzian Music Teacher*, Boston, 1871.

talozzi. En 1835 se publicó en el Ohío un periódico escolar titulado *The Pestalozzian*. Los americanos llamaban á Horacio Mann *the illustrious apostle of Pestalozzi* (1) (el más ilustre apóstol de Pestalozzi). H. Barnard, en sus importantes publicaciones, ha dicho en cuanta estima tenía el ensayo de Stanz y los que le siguieron. Hace pocos años decía un periódico americano: «La tentativa de Stanz estaba destinada á revolucionar las ideas de los hombres acerca de la educación... Puede decirse con exactitud que el sistema de educación actual, en su conjunto, es pestalozziano» (2).

Sería un capítulo interesante el que tratase de las relaciones que han existido entre el espíritu francés y Pestalozzi. Ya hemos indicado anteriormente los esfuerzos de Maine de Biran, que apreciaba principalmente el método pestalozziano porque tendía «á desenvolver de igual modo en todos los individuos la razón, facultad necesaria en todas las condiciones y aplicable á todos los estados y á todas las necesidades de la vida humana». La escuela de Bergerac, organizada en 1808 con el concurso de Barraud, se ha sostenido hasta 1881, bajo formas muy diversas; de la misma manera que la escuela de Burgdorf, se convirtió inmediatamente en una

(1) *Report of the Commissioner of education*, 1892-1893, pág. 1658.

(2) *The Teacher's Institute*, Febrero, 1901.

especie de colegio burgués. Maine de Biran, que había sostenido correspondencia directa con Pestalozzi, fué á visitarlo á Yverdon en 1822; le encontró muy «decaído» y dominado por Schmid, al que el filósofo francés no juzgó muy favorablemente. Le pareció que Schmid era un hombre muy astuto. Este personaje enigmático, al que Pestalozzi en su sencillez elevaba á las nubes, mientras que Fellenberg le llamaba el «Demonio» y del cual M. Hunziker me decía hace algún tiempo: «Schmid no era más que un charlatán», se refugió en Francia después de la dispersión del Instituto de Yverdon. Hacia 1830 entró, con otros cinco profesores de Yverdon, en la Institución Morin, de París, donde dió lecciones de matemáticas hasta su muerte, ocurrida en 1851. Él fué quien suministró datos y documentos á Philibert Pompée, el primer director de la Escuela Turgot, para la preparación de la Memoria que presentó, en 1847, al concurso abierto por la Academia de Ciencias morales y políticas, acerca del «Examen crítico del sistema de instrucción y educación de Pestalozzi, considerado principalmente en sus relaciones con el bienestar y la moralidad de las clases pobres». ¿Cuántos otros hechos no podrían señalarse que probarían la atención que Francia concedió á los trabajos de Pestalozzi? (1) Deben recordarse

(1) Pestalozzi, casi no ha sido criticado y atacado en Francia. Lo fué, sin embargo, por un Padre de la Compañía de Jesús, el P. Burnichon. Lo que me ape-

los artículos que Mme. Guizot escribió en 1813 sobre Pestalozzi, á propósito del comentario de Jullien, en los *Annales de l'Education*;—el informe que Cuvier redactó en 1815, después de una visita á Yverdon, comisionado por el ministro Carnot;—la creación en París, en 1822, de una escuela pestalozziana, por el profesor Boniface, que había enseñado en Yverdon, de 1803 á 1807, la lengua francesa y cuyos estudios gramaticales han quedado clásicos durante mucho tiempo entre nosotros. No debe olvidarse tampoco que la *Société pour l'instruction élémentaire* inscribió á Pestalozzi entre sus miembros correspondientes, y que uno de los socios, el prefecto Lezay-Marnesia, estableció en Estraburgo, en 1810, la primera escuela normal de Francia. Nuestro gran historiador Michelet, en 1870, le concedió uno de los homenajes más elocuentes, cuando dice que «es una llama, una vida»,

sadumbra en este asunto; es que yo dí pie á estos ataques, que no tenían otro fin que el de molestar me. Hace veinte años me permití decir que Pestalozzi era «célebre» (y persisto en ello) y que merecía que se le colocase en el primer lugar entre los hombres que más han honrado el hermoso título de maestro. De esto nació la guerra que el P. Burnichon declaró á Pestalozzi, del que llegó á decir que «tenía poco cerebro». ¡Cuántas personas se contentarían con tener lo que él! Y añadía que «era poco conocido en Francia», probando que él era el que no le conocía, sobre todo al definir el Instituto de Yverdon como «una especie de colonia agrícola».

que él «improvisaba hombres», que era «un verdadero santo». Es un francés también, M. Guillaume, quien ha escrito, hace algunos años, la mejor biografía de Pestalozzi, aún comparándola con la de Morf (1). Y antes que á M. Guillaume tuvo Pestalozzi en Francia por panegiristas á Cochin, Pompée, sin olvidar á Rapet, que repartió con este último el premio de la Academia de Ciencias morales y políticas, por una Memoria que ha quedado manuscrita (2) y al que el Museo pedagógico de París debe una colección de libros pestalozzianos que pueden rivalizar con la del Pestalozzianum de Zurich.

El tiempo no ha borrado á Pestalozzi de la memoria de los hombres. En 1871, Zezchwitz le

(1) Morf, director del asilo de huérfanos de Winterthur, ha reunido sobre Pestalozzi un gran número de documentos originales. De 1864 á 1867, ha publicado toda una serie de estudios sueltos y le ha dedicado una biografía de las más interesantes y de las más completas, en cuatro partes, publicadas en 1868, 1885 y 1889.

(2) Es de lamentar que la Memoria de Rapet no se haya impreso. Su trabajo es superior al de Pompée, que dividió el premio con él. La Academia dió 3.000 francos á Rapet y 2.000 á Pompée. Rapet nos dice en sus notas inéditas, que se pensó en concederle á él el premio completo; pero esto sucedía en 1848 y M. Giraud, ponente, le dió á entender que 5.000 francos hubieran parecido «una recompensa demasiado aristocrática».

saludaba «como la esperanza del pueblo alemán en los días nefastos». En 1873, Wiesinger trataba de la parte que le correspondía en la renovación del pueblo alemán. Y últimamente, en 1885, Wiener publicaba un manual de pedagogía popular, según los principios de Pestolozzi.

Toda una serie de obras prueba la importancia que los teóricos de la educación han concedido á la obra del humilde maestro del pueblo. Le han comparado muchas veces con los más célebres pedagogos modernos. El Padre Girard había dicho: «La historia trazará algún día el paralelo entre los dos pedagogos suizos, Rousseau y Pestalozzi», y la historia ha cumplido esta predicción. ¿Cuántas veces en folletos ó en grandes volúmenes no se ha comparado al maestro de Stanz con el autor del *Emilio*? (1). No hay pedagogo ilustre con quien no se le haya comparado. Véanse, por ejemplo, el pequeño libro de Hoffmeister titulado: *Comenio y Pestalozzi considerados como fundadores de la escuela popular* (2); otro en el que se comparan los principios de Pestalozzi y Fröbel (3); un tercero en que se

(1) Hérisson: *Pestalozzi, élève de Rousseau*, Paris, 1886.—Hunziker: *Pestalozzi und Rousseau*, Bâle, 1885.—Schneider: *Rousseau und Pestalozzi*, Bromberg, 1886.—Zoller: *Pestalozzi und Rousseau*, Francfort.

(2) Hoffmeister: *Comenius und Pestalozzi als Begründer der Volksschule*, Berlin, 1877.

(3) Fr. Beus: *Die Grundgedanken von Pestalozzi und Fröbel*, Zurich, 1881.

examinan las semejanzas de Pestalozzi y Diesterweg (1), y otros varios en que se estudian las relaciones del método pestalozziano con las de Francke (2), Fellenberg (3), Herbart (4), etc.

Pero no es solamente el estudio de las teorías generales de Pestalozzi lo que ha seguido preocupando á los amigos de la educación. Los prácticos no han cesado de pedirle direcciones para las diversas partes de la enseñanza primaria. Citaremos, por ejemplo, los *Ejercicios y trabajos para los niños, según el método y los procedimientos de Pestalozzi y Fröbel*, publicados en 1873, por Mme. y M. Charles Delon (5); un folleto de H. Ruppert *Sobre la aplicación del método de Pestalozzi á la enseñanza de las matemáticas* (6), publicado en 1879 en Langensalza; un

(1) Balster: *Pestalozzi und Diesterweg*, Dortmund Krüger, 1846.

(2) Kramer (S.): *A. H. Francke, J. J. Rousseau und Pestalozzi*, Berlin, Schulze, 1854.

(3) Hunziker (Dr. O.): *Pestalozzi und Fellenberg*, Langensalza, Beyer, 1879.

(4) Vogel (A.): *¿Herbart oder Pestalozzi?* Hannover, Meyer, 1887.

(5) Delon (Mme. et M.): *Méthode intuitive. Exercices et travaux pour les enfants selon la méthode et les procédés de Pestalozzi et Fröbel*, Paris, Hachette, 1873.

(6) Ruppert (H.): *Zur Ausvendung der Pestalozzischen Methode in Mathematischen Unterricht*, Langensalza, Beyer, 1879.

tratado, de Tate (1), escritor inglés, titulado; *Los primeros elementos de la aritmética según los principios de Pestalozzi*, publicado en 1850 y del que se han hecho varias ediciones; otro del escritor americano Hoose (2), de 1882: *El primer año de aritmética pestalozziana*. Y con un carácter más general, deben incluirse los *Cuadernos de pedagogía según los principios de Pestalozzi* (3), redactados por el pedagogo suizo Paroz, en 1879.

Pero no es posible conseguir que nuestra enumeración sea completa (4). Si es cierto, como piensa Spencer, que «la idea pestalozziana está aún por realizar», no es por culpa de los numerosos comentaristas que han intentado desarrollarla. No ha existido pensador alguno que haya impreso huella tan profunda en la conciencia de la humanidad. Pero cualquiera que sea el interés de las publicaciones que su memoria ha provocado, si se le quiere conocer en su realidad, es necesario acudir á él; es necesario buscar las causas de nuestra admiración por él, por su es-

(1) Tate (Th.): *A treatise on the principles of arithmetic, after the method of Pestalozzi*, London, Loagmam, 1850.

(2) Hoose (J. H.): *Pestalozzian first-year arithmetic*, Syracuse, Bardeen, 1882.

(3) Paroz (Jules): *L'Ecole primaire. Cahiers de pédagogie d'après les principes de Pestalozzi*, Lanssanne, Imer, 1879.

(4) Véase también Schlimpret: *Pestalozzi und Luther*, 1846.

píritu democrático y por su alma popular, en sus propios escritos, en sus actos y en las virtudes de su carácter.

VIII

No hay que pedir, ciertamente, que los numerosos escritos de Pestalozzi sean modelos de elegancia literaria, de composición erudita, ni aun de razonamiento lógico y ordenado. Su pensamiento es confuso, deshilvanado, inconsistente; su estilo, casi siempre extraño. Incapaz de dirigir á los hombres, también lo fué para gobernar sus ideas y para dominar el raudal tumultuoso de sus imaginaciones. Las concepciones que se arremolinaban en su cerebro eran vivas, pero desordenadas. No hay nada más incoherente, por ejemplo, que la composición de sus *Cartas á Gessner*, que son, sin embargo, el mejor de sus libros. Las ternuras sentimentales de un corazón que se desborda, los apóstrofes y las invocaciones, todo ello en un lenguaje profético y declamatorio, están incesantemente cortando y rompiendo la trama flotante del razonamiento. Se nota que el autor se fatiga y que á duras penas puede seguir la discusión teórica en que se ha comprometido. Á cada momento su imaginación se escapa y divaga. Á cada instante se ve obligado á abandonar las

largas digresiones en que se pierde, diciendo: «Vuelvo á mi asunto...» «Reanudo mi exposición...» Las comparaciones y las imágenes abundan y aplastan el pensamiento bajo la extravagancia de sus confusas fantasías. Así, en el espacio de algunas páginas, si quiere expresar la desproporción entre sus medios y su objeto, se comparará «á un marino que ha perdido su arpón y trata de pescar ballenas con anzuelo»; si trata de demostrar que es muy poca cosa, dirá que es «una brizna de paja, de la que un gato no puede colgarse»; para pintar su aislamiento, se comparará con un mochuelo; para expresar su debilidad, á una caña; para caracterizar su timidez, á un ratón que huye del gato. Pero de todo este fárrago y de este caos brotan de vez en cuando chispazos de una elocuencia sincera y verdadera.

Pero si Pestalozzi es incapaz de una exposición abstracta de ideas generales, en cambio se desquita con ventaja con sus obras de imaginación. En éstas se demuestra como escritor hábil y como delicado pintor de costumbres. Con *Leonardo y Gertrudis* inauguró la novela popular; creó un género que no ha tenido bastantes imitadores y cuyo estilo é inspiración él mismo no supo trasladar á otra de sus obras, *Cristóbal y Elisa*, que no es más que un comentario pesado y demasiado didáctico de su *Leonardo y Gertrudis*. Pero en su «primer libro para el pueblo», en los cuadros inocentes y sencillos que traza de la vida lugareña, existen real-

mente páginas delicadas. No debe sorprendernos el que Mme. de Staël llorase con la lectura de ciertos trozos, como por ejemplo, con la escena conmovedora en que la anciana abuela, al morir, obtiene de su nieto la promesa de que restituirá algunas patatas que había robado. Lo que recomienda también la lectura de este hermoso libro, demasiado olvidado, son los retratos y el análisis de los caracteres. Pestalozzi desplegó una gran finura de observación y penetración. Nada más delicadamente estudiado y descrito que las fisonomías morales de los siete hijos de Gertrudis, la madre perfecta, cuyos hijos é hijas tienen todos los defectos propios de su edad. La misma intriga de la novela, aunque poco complicada y mezclada de relatos agradables, de episodios cómicos y de escenas enternecedoras, no está desprovista de interés. Se ve allí la lucha eterna entre el bien y el mal: el bien, representado por honrados trabajadores á quienes basta el anuncio de algunos días de trabajo inesperado para alborozarse, y también por un pastor sencillo y bueno y por un señor generoso y bienhechor; mientras que el mal está encarnado en un juez prevaricador, que al mismo tiempo es un tabernero poco escrupuloso. «Hace tiempo, decía Pestalozzi (y si viviera en nuestra época no le faltarían ocasiones de repetirlo), que pienso que un juez ó un alcalde no deben ser taberneros en su localidad...» La novela *Leonardo y Gertrudis*, dirigida, sobre todo, contra la taberna y la embriaguez, tiene un gran

valor moral, que el tiempo aún no ha disminuído. Las tres últimas partes, aunque no ofrecen el mismo interés dramático que la primera, merecen, sin embargo, no ser olvidadas; porque, contando la historia de la regeneración de una aldea, presentan el cuadro anticipado de todas las reformas económicas y morales que, en el curso de un siglo, han trasformado, mediante un progreso continuo, el estado de las poblaciones rurales de Suiza.

Sin duda alguna, en la mayor parte de los escritos de Pestalozzi dominan la sensibilidad y la imaginación. Pero la viveza espiritual no falta nunca. Un maestro de Berna, con quien recientemente tuve el placer de hablar me decía, haciéndome notar en un retrato de Pestalozzi la nariz punteaguda y el labio fino, «¡Fíjese, usted! ¡Pestalozzi era un irónico!»... Apreciación inesperada y que contiene, sin embargo, algo de verdad. Sócrates, un creyente y un entusiasta, ¿no fué el padre de la ironía? Del mismo modo, á Pestalozzi, por sentimental que sea, no le faltan en ciertas ocasiones, ni la malicia fina, ni la burla irónica. Leed el mismo *Manual de madres*, libro elemental é infantil, y allí recogeréis gran número de observaciones graciosas que no deslucen la obra de un moralista. «Los abogados hablan mucho, sobre todo cuando defienden una mala causa». «Muchas mujeres que en su juventud no pensaban más que en mirarse al espejo, cuándo se casan, miran mejor su caja de caudales». «Los hombres y las mujeres

hablan más cuando piensan menos»... Pero especialmente en sus *Fábulas*, donde saca á escena los señores y los campesinos, lo mismo que los animales y las plantas, es donde se encuentra la huella de la inspiración satírica de Pestalozzi.

No debe considerársele como un *scholar* de espíritu exiguo y estrecho que se limita á cuestiones de métodos y procedimientos pedagógicos. Con frecuencia su pensamiento se elevaba sobre la escuela y la sala de clase. No dejan de tener interés algunas de las reflexiones que encierra su obra filosófica *Investigaciones acerca de la marcha de la Naturaleza*, aquel escrito que entre todos los suyos, como ya hemos dicho, le había costado más trabajo y en el que trabajó durante tres años y cuyo fracaso tanto le afligió. En él dice que en la persona humana hay que distinguir tres elementos: el hombre animal, el hombre social, y, por último, el hombre moral que es la obra del yo y de la voluntad. En esta parte explica con gran firmeza el derecho de propiedad. El origen de la propiedad, legítima ó no, dice, no debe preocuparnos. La propiedad es sagrada, puesto que existe. Debemos respetarla porque estamos constituídos en sociedad. Pero, por otra parte, se queja de que los que la poseen no cumplan con todos sus deberes. En su egoísmo se olvidan de los desgraciados y de los pobres que, teniendo el mismo derecho natural á la propiedad, no participan nunca de ella; les olvidan, salvo cuando se trata

de someterlos al servicio militar ó cuando se les hace pagar los impuestos.

La prudencia y el buen sentido guían con mucha frecuencia el pensamiento de Pestalozzi. Sin embargo, llega á veces á hablar como un utópico. Así, por ejemplo, maldice la imprenta como causa de todos los males que sufre la sociedad. Ella ha desviado los ojos del hombre (los ojos que son el principal instrumento del conocimiento) del espectáculo instructivo y fecundo del universo real, para fijarlos é inmovilizarlos sobre las letras muertas de libros charlatanes y estériles. Ataca también la Reforma protestante, porque ha permitido á la ignorancia y á la necedad tomar parte en cuestiones teológicas que el espíritu humano no resolverá nunca.

El discernimiento no le faltó nunca á Pestalozzi. Por vivas que fueron sus simpatías por la Revolución francesa, supo reconocer sus faltas, condenar sus excesos y preveer las consecuencias. «Ó bien, decía él, respetará los derechos y la libertad de los ciudadanos, ó bien la minoría contraria, más astuta y más rica, logrará muy pronto encadenar á una mayoría imprudente y desordenada, en la que los antiguos poderosos no verán nunca más que una banda de esclavos libres». Rousseau, había predicho treinta años antes la Revolución. Pestalozzi, desde 1793, profetizaba la vuelta ofensiva del antiguo régimen, el Imperio y también la Restauración.

Muchas veces la pluma de Pestalozzi fué guia-

da por una elocuencia entusiasta y apasionada, acompañada de cierta poesía. Habla de sus desgracias con tanta tristeza como el autor de las *Confesiones* cuando cuenta las miserias de su vida. Pero su voz evocadora se anima é inflama, sobre todo, cuando trata de la educación y de los intereses de la humanidad. «Nosotros tenemos, dice, escuelas de lectura, de escritura, de catecismo, pero no tenemos lo más esencial, escuelas para formar hombres... La civilización moderna se asemeja al coloso de que habla el profeta. Su cabeza es de oro: estas son las artes, en las que no hay quien le aventaje; toca á las nubes. Pero la enseñanza popular, que debería ser la base y cimiento de esta magnífica cabeza, se asemeja á los pies de la estatua; está hecha con la arcilla más ordinaria y más frágil... ¡El pueblo de Europa es desgraciado y huérfano: démosle por lo menos una madre!»...

El escritor, en Pestalozzi, es confuso é incompleto: numerosos defectos perjudican sus cualidades. Pero el hombre es incomparable y no posee casi más que virtudes. No hablo solamente de la pureza de sus costumbres, ni de su sacrificio y de su abnegación, ni de su actividad, que no conoció casi el reposo, ni de su valor: el estudiante de Zurich, del que sus compañeros se burlaban, fué el único, sin embargo, que, en un día de espanto, mientras las trepidaciones de un temblor de tierra sacudían los muros de la escuela y el miedo dejaba vacías las clases, se atrevió á entrar á recoger tranquilamente sus

libros. Pero, ¿cuántos ejemplos no ha dejado, sobre todo de caridad activa, sobrehumana, llevada hasta la locura, como en Neuhoft y Stanz? Él fué quien, detenido por un pobre y no teniendo un céntimo en el bolsillo, le regaló las hebillas de plata de sus zapatos y tuvo, para entrar en Zurich, que atárselos con una paja. Otro día, al salir de casa de un amigo, á quien había ido á pedirle dinero prestado en momentos de apuro, se lo dió á un pobre campesino que encontró en el camino y que se lamentaba de la pérdida de su vaca... Pestalozzi no fué rico más que en una ocasión, y aún en ésta lo fué más bien de esperanzas. Cuando el editor Cotta abrió la suscripción para la publicación de sus obras completas, el éxito fué enorme. Reyes y filósofos se apresuraron á enviar sus donativos: de tal suerte, que Cotta pudo comprometerse á entregar á Pestalozzi por sus derechos de autor, unos cincuenta mil francos. Pero esta riqueza (nominal más bien que real, porque Cotta no cumplió todos sus compromisos), dió motivo para que Pestalozzi mostrara su admirable desinterés. En uno de los discursos que todos los años pronunciaba ante todos los de su casa (1), el de 12 de Enero de 1818, dijo que destinaba el dinero que se le había prometido á diversas fundaciones

(1) Pestalozzi, de 1808 á 1818, tomó la costumbre de pronunciar cada año, en reuniones solemnes, los *Discursos á su casa*.

escolares: á una escuela normal de maestros y maestras, á una ó varias escuelas elementales, y además al constante perfeccionamiento de todos los medios de enseñanza y educación doméstica del pueblo. Y como su nieto Gottlieb, recién llegado á Yverdon, estuviese delante y presenciase esta donación tan solemne que le privaba de la parte más saneada de su herencia, Pestalozzi, volviéndose hacia él, le dijo: «Tú te has acercado á mí y me has dicho: «Padre, yo quiero ser lo que tú eres». Estas palabras me han hecho feliz. Pero ten en cuenta que ni con el oro, ni con la plata podrás conseguirlo. Yo lo he logrado con mi corazón...

El desgraciado grande hombre inspira, á los que le estudian de cerca, una admiración mezclada de compasión. La seguridad material de su existencia le faltó muchas veces. En 1781, no teniendo medios con qué comprar papel para componer sus libros inmortales, tuvo que recurrir á las márgenes de un viejo cuaderno de cuentas para escribir *Leonardo y Gertrudis*. Caminaba «como un sonámbulo por el mundo de los negocios»... Si penetramos en la intimidad de su vida, ¿cómo no entercernos con todo lo que tuvo que sufrir de los que le rodeaban y de su familia? Es cierto que él no se hubiera podido pasar sin colaboradores que con su saber remediaban las lagunas de su instrucción; tenía mala ortografía y no dominaba del todo las cuatro reglas; y por esto pudo con razón decir: «Si Buss, Krusi y Tobler, no hubieran

venido en mi ayuda, mis teorías se hubieran extinguido en mi corazón, como las llamas apagadas de un volcán en erupción que no vuelven á reanimarse»... Pero, sin embargo, ¡cuántas desilusiones, cuántos disgustos y amarguras le causaron sus asociados, convertidos en tiranos, de los que él era el esclavo y que le atormentaban con sus odios! «Habíamos fundado esta casa en el amor, y el amor ha huído de nosotros». Se sublevaba algunas veces y designaba con palabras duras á aquellos maestros á los que, sin embargo, amaba: «Jullien, es un francés superficial; Krusi, es un perro holgazán; Schmid, tiene el aspecto de un asno salvaje...»

¿Encontró, al menos, en la compañera de su vida, el consuelo absoluto de sus dolores, de sus penas y de la pérdida de su único hijo? Nos permitimos dudarle. Mme. Pestalozzi fué, sin duda alguna, una mujer abnegada, generosa, pronta á sacrificar su patrimonio para subvenir á las empresas atrevidas de su marido. Pero parece ser que no le sostuvo siempre con su confianza ni le rodeó de sus cuidados. Durante los penosos años de Neuhof, se ausentaba con frecuencia y, visitando los castillos de sus amigas, durante meses seguidos, dejaba al infortunado defenderse solo en medio de toda clase de dificultades. Después de los malos negocios y del desastre de Neuhof, se mostró inquieta y desconfiada (y tenía por qué, hay que confesarlo). Algunas líneas que Pestalozzi le escribía desde Stanz, en 1798, dicen mucho sobre este pun-

to: «...Si valgo lo que creo valer, puedes contar con que bien pronto recibirás mi socorro y apoyo. Pero aguarda y calla... No puedo soportar tu eterna incredulidad. Tú, que has esperado treinta años, bien puedes esperar tres meses más...» En Yverdon, Mme. Pestalozzi vivía retirada en un rincón del castillo, no mezclándose casi en la vida del Instituto y en la acción de su marido, huyendo del ruido y la agitación. Ramsauer, que entre los pestalozzianos es sin duda alguna la mala lengua, cuenta algunos pormenores que descubren singulares particularidades en las relaciones de los dos esposos. Pestalozzi no se sentaba á la mesa de su mujer más que cuando ella le invitaba expresamente; de ordinario, comía con sus alumnos. En cambio, todas las noches tenía que jugar á las cartas con ella. No podían permanecer juntos diez minutos sin regañar. Y, sin embargo, se asegura que se amaban tiernamente. La muerte de Mme. Pestalozzi, el 11 de Diciembre de 1818, causó á su marido una profunda pena. Creemos interesante mencionar estas reflexiones de una amiga de la casa, escritas algunos días antes de la muerte: «Son dos almas distintas. Con ella morirá la mujer amada, la digna compañera; pero ni una sola partícula del *yo* de Pestalozzi».

Mucho más todavía sufrió Pestalozzi en el aislamiento de sus últimos años, preocupado por sus negocios y por sus apuros financieros. A pesar de todo, no le compadezcamos demasiado. Gozó más de una vez de la paz de su co-

razón, de lo que él llamaba «el paraíso de la tierra», de la tranquilidad que da á la conciencia el deber cumplido y la satisfacción de una obra, en parte llevada á cabo. Tuvo el sentimiento de la grandeza de su destino. Y pasó algunas horas felices durante toda una existencia consagrada á la felicidad de los demás.

Soñó más que realizó. Sembró más que cosechó. Se cuenta que durante sus paseos recogía distraídamente piedras y minerales, con los que llenaba su pañuelo y sus bolsillos, que, después, á su vuelta, depositaba en un rincón cualquiera de la casa, sin haber tenido nunca tiempo para clasificarlos y catalogarlos. Á esto se asemeja su vida intelectual. Vivió almacenando observaciones, acumulando datos de la experiencia, sin llegar jamás á organizar con precisión un cuerpo de doctrinas. Lo que le caracteriza, y lo que vale más, es la nobleza de las aspiraciones y la belleza del fin que persiguió, que la fuerza de la ejecución; los esfuerzos, más que los resultados. Como dice muy justamente Spencer, (que no cita á ningún otro pedagogo anterior á él en su libro sobre *La Educación*): «Pestalozzi era un espíritu con intuiciones parciales». El mismo lo dice: «Yo no sabía lo que hacía; sabía únicamente lo que quería.» Y él quería el engrandecimiento de la humanidad por la instrucción. «El único medio de poner término al desorden social, á las fermentaciones y á las revoluciones populares, así como á los abusos del despotismo, el de los príncipes y el de la multitud, es ennoble-

cer al hombre». Estaba sostenido por una fe apasionada en las fuerzas naturales de la humanidad y en el poder de la instrucción. Su optimismo no era sin embargo absoluto. Es raro, decía, que el hombre sea bueno. Pero añadía que esto se debía á su mala educación. El hombre no llega á ser hombre más que por la educación. Y, como Rousseau, saludaba, por encima de las miserias y de los vicios de la sociedad presente, el advenimiento de una humanidad buena y dichosa, entregada á sí misma, debido á una educación universal y conforme á las leyes de la naturaleza. «Creo, decía, en el corazón humano, y en esta creencia marchó sobre un terreno movedizo, del mismo modo que marcharía sobre el piso sólido de una vía romana».

Para apreciar equitativamente el mérito de un hombre y el valor de una obra, es necesario colocarlo en el cuadro y en el medio en que el hombre ha vivido y la obra se ha intentado. Para juzgar la importancia de sus tentativas, es necesario considerar el estado de la instrucción en tiempos de Pestalozzi: «Á pesar de las bellas apariencias de nuestra tan alabada civilización, de cada diez hombres, nueve están desprovistos del derecho que pertenece á todo hombre que vive en sociedad: del derecho de instrucción». La ilustración, privilegio de las clases ricas, no esparcía su luz sobre las clases pobres. «Cuanto más observo el pueblo, más compruebo que el amplio río de la instrucción, que parece correr para él en los libros, se eva-

póra en la aldea y en la escuela en una niebla sombría y húmeda». Después de cien años de progresos, es fácil burlarse de la insuficiencia y de la pobreza del plan de instrucción de Pestalozzi. Reflexionemos, si queremos ser justos, en lo que consistían entonces los estudios primarios en Suiza, «sobre qué arena movediza estaban establecidas aquellas escuelas silenciosas», y con qué alumnos y con qué maestros tenía que luchar Pestalozzi. Recordemos de qué modo Krusi, su primer colaborador, había llegado á ser maestro de escuela. Krusi, á los diez y ocho años, en 1793, era buhonero de su estado. Un día, en un camino real, se encontró con un funcionario que le dijo de improviso: «¿Quieres ser maestro? Está vacante la escuela de Gais.—Pero si yo no sé nada», respondió ingenuamente Krusi.— Á su interlocutor no le sorprendió la respuesta y le contestó: «Lo que un maestro de escuela puede y debe saber entre nosotros, tú lo aprenderás fácilmente». Krusi se decidió y se presentó al examen reglamentario. «Eramos dos los que nos presentamos», dice Krusi. La principal prueba consistía en escribir el Padrenuestro. Yo lo hice lo mejor que pude. Había observado el empleo de las letras mayúsculas en la escritura alemana: y las puse en todas partes, aún en medio de las palabras. Cuando se terminó el examen, el capitán Schœfer, juez del concurso, me dijo que mi contrincante leía mejor que yo, pero que mi escritura era más perfecta y, en una palabra, que yo era el admitido»... ¿Cómo no ser

indulgentes con maestros que se reclutaban en los caminos y que apenas sabían leer y escribir? ¿Cómo no serlo también con el educador que, para el cumplimiento de sus grandes proyectos, no tuvo por auxiliares más que maestros apenas desbastados, á quienes era necesario instruir y formar, antes de que pudiesen, á su vez, formar á los alumnos confiados á sus cuidados? Pestalozzi no fué injusto al decir: «La enseñanza se me aparecía como un inmenso cenagal que tenía que atravesar, metiéndome resueltamente en el fango».

Nada había preparado para constituir la escuela elemental, la escuela del pueblo, la escuela moderna, tal y conforme cien años de esfuerzos apenas han conseguido organizar en los países civilizados. Pestalozzi esbozó la obra y los que la han continuado no deben olvidar lo que se logró con su heróico estímulo. Él concibió la escuela universal, la escuela abierta á todos los niños, la escuela separada de la Iglesia. Pestalozzi es el primero de los maestros láicos. En las últimas partes de *Leonardo y Gertrudis*, subordina atrevidamente el pastor al maestro de escuela. Y lo razona diciendo que los seglares son los únicos que están en estado de preparar los hombres para la vida familiar y social. Haciendo el resumen de la conversación de un cura y de un maestro, dice: «Así hablaba el hombre, cuya autoridad procedía de su conocimiento del mundo, al sacerdote, cuya inferioridad nacía de su ignorancia».

¡Pobre y extraño gran hombre, á la vez pueril y sublime, torpe en sus maneras y en sus gestos, pero admirable en sus intenciones y en sus actos! Sus contemporáneos le han ridiculizado y despreciado muchas veces. En Zurich, sus compañeros de escuela le llamaban «extravagante»; sus vecinos, en Neuhof, «visionario»; sus amigos, desolados por sus torpezas usuales, decían que moriría en un hospital ó en un manicomio. Pero injurias, burlas, desgracias ó infortunios, todo se ha deslizado sobre su alma intrépida, sin alterar su entusiasmo y su valiente serenidad. Marchó hasta el último momento, sonriendo á las privaciones, no pidiendo más que vivir bajo el techo de una choza para poder seguir soñando, insensible á los reveses, indomable y paciente. Modesto, y al mismo tiempo confesando que no trataba de poner en práctica más que «lo que el buen sentido ha enseñado á los hombres después de millares de años», y no ocultando las imperfecciones de su obra. «Ensayad, dice en su *Schwanengesang*, su testamento pedagógico, ensayad todas las cosas, que yo he propuesto, y retened de ellas lo que sea bueno. Si en vuestras almas ha madurado alguna concepción mejor, añadidla á todo lo que me he esforzado en ofreceros con un espíritu de verdad y amor; pero, por favor, no desechéis sin examen y en montón toda la obra, como si fuera una quimera condenada de antemano»...

No, su fin no era una quimera. Si no lo alcanzó, enseñó á sus sucesores el camino de conse-

guirlo. No se le olvida. Rousseau, con su humanitarismo de soñador, con sus alientos platónicos, parece pequeño al lado de este filántropo de acción, que no se contentó con escribir, que ha trabajado y ha conformado sus actos á sus pensamientos. No se le debe tratar con dureza porque no haya sabido definir exactamente su método. El método lo era él mismo, con su vivacidad y su entusiasmo infatigable. Quedará como «un hombre único», como decía su amigo Lavater. Su vida no ha sido perdida ni podría serlo por los ejemplos que nos ha dejado; y no en vano su corazón latió durante sesenta años por la misma idea. Si lo que Raumer llamaba «su amor todopoderoso» pudo, en vida, conquistar á todos aquellos que se le acercaban, sus sentimientos pueden todavía y á distancia comunicarse á las almas, suscitar nobles emulaciones y provocar hermosas vocaciones de maestros. En todo caso su obra, cualesquiera que que sean las lagunas, pasará á la posteridad como la obra de una razón, en algunos puntos superior, y en todos y siempre, acompañada de una sensibilidad infinita.

La reina Luisa de Prusia, llena de admiración por Pestalozzi, decía: «¡Cómo ama este hombre á la humanidad!... Yo se lo agradezco en su nombre.» La posteridad entera debe asociarse á este homenaje de reconocimiento y darle las gracias en nombre de la humanidad ignorante que quiso instruir; en nombre de la humanidad doliente y pobre que quiso engrandecer y ayu-

dar, enseñándola el trabajo industrial, el ahorro y la honradez.

Un día, Pestalozzi, delante de los pintorescos paisajes de las montañas y los valles de su patria, exclamó: «¡Oh, qué hermosa es la naturaleza (y en ninguna otra parte puede decirse más justamente que en Suiza, en ese país en el que ha prodigado sus maravillas y ha puesto bajo los Alpes, bañando sus pies, esos hermosos lagos, á modo de espejos, donde reflejar y multiplicar sus bellezas). Sí, es bella; pero hay algo más hermoso aún que la naturaleza y sus esplendores materiales: el corazón humano...»

Sí, es verdad, decimos nosotros, pero es cuando ese corazón es el de un Pestalozzi.

FIN

APÉNDICE

PESTALOZZI EN ESPAÑA

Acerca de Pestalozzi en España, pueden consultarse: *Reglamento para el gobierno de la Escuela Pestalozziana que se establece en Madrid por orden del Rey nuestro Señor, bajo la protección del Señor Generalísimo Príncipe de la Paz.*—Madrid, en la Imprenta Real, 1806.—*Noticia de las providencias tomadas por el Gobierno para observar el nuevo método de la enseñanza primaria de Enrique Pestalozzi, y de los progresos que ha hecho el establecimiento formado en Madrid con este objeto, desde su origen hasta principio del año 1807. De orden superior.*—Madrid, en la Imprenta Real, año 1807.—(El primoroso ejemplar que de este interesante libro posee el Museo Pedagógico Nacional, es el mismo que Amorós envió á Pestalozzi, y contiene la dedicatoria autógrafa de aquél, y la estampilla de haber pertenecido á la biblioteca del gran pedagogo suizo. Fué regalado al Museo por el insigne bibliófilo y orientalista D. Pascual Gayangos.)—H. Morf. *Pestalozzi in Spanien.* Artículos publicados

en la Revista *Pedagogium*, del doctor Dittes. Viena, 1879, tomo I. Traducidos en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, tomo XI, 1887.—D. Francisco Amorós, fundador de la gimnasia francesa. Dos artículos publicados en el mismo *Boletín*, en 1888.—El Sr. Cossío, en su libro *La Enseñanza primaria en España*, Madrid, Fortanet, 1897, dice á este propósito lo siguiente: «...Godoy nombró una Comisión para estudiar el mejor sistema de enseñanza que pudiera introducirse en nuestras escuelas, y, por dictamen de ésta, creó en 1806, en Madrid (inaugurándose el 4 de Noviembre en las Casas Consistoriales) el *Real Instituto Militar Pestalozziano*, donde comenzaron á aplicarse las ideas del ilustre pedagogo suizo, de las cuales hacían por entonces en España propaganda algunos discípulos suyos... Los procedimientos pestalozzianos se habían, en efecto, practicado ya en España en una escuela fundada por Voitel, oficial de un regimiento de suizos en Tarragona, y en otra que estableció en Madrid Döbely, discípulo y amigo de Pestalozzi. Este mismo creó en Santander, por cuenta de la *Sociedad cantábrica*, un seminario para formar maestros de escuela.»

«Figuró Voitel en calidad de maestro-director del Instituto pestalozziano, con más otros cuatro ayudantes entusiastas de Pestalozzi, también extranjeros. D. Andrés Schmeller, D. Francisco Studer, D. Jorge Burgermeister y D. Agustín Petitpierre, éste último ¡de nueve años de edad! Secundaron calurosamente la empresa el secretario del duque de Frías, D. Juan de Anduxar, á cuya costa se tradujeron algunos de los libros de Pestalozzi (1), y el célebre D. Francisco

(1) No conocemos edición impresa.—*N. del T.*

Amorós, tan conocido por su influjo en la educación gimnástica, y que formó parte de la Comisión ya citada que Godoy nombró para dictaminar sobre los sistemas de enseñanza.»

•No obstante los excelentes resultados de la institución y la popularidad que había adquirido, fué suprimida inopinada y repentinamente en 18 de Enero de 1808, pretextando la anormalidad de las circunstancias políticas y económicas. El príncipe de la Paz, escribiendo á Pestalozzi el 1.º de Febrero de 1808, se lamenta de la supresión, atribuyéndola á la ingratitude de unos, al fanatismo de otros y la ignorancia de muchos. Al mismo tiempo cesó el seminario de Santander, y entonces se interrumpe uno de los períodos en que más vivamente se ha dejado sentir el influjo de la pedagogía extranjera en nuestra patria.»

A la nota del Sr. Cossío conviene añadir algunos pormenores, que creémos han de interesar al lector. La inauguración del Instituto tuvo lugar, efectivamente, el 4 de Noviembre de 1806, y en ella se leyeron dos discursos, uno, por el Presidente de la Junta de Observación del «Método de Enseñanza de Enrique Pestalozzi», D. José M.^a Puig de Samper, y otro, por el Director del Instituto, D. Francisco Voitel, Al día siguiente, 5 Noviembre, dieron principio las clases en la casa núm. 5 de la calle Ancha de San Bernardo, con treinta discípulos de *menor edad* y veinte discípulos *observadores*. Pero en vista de la multitud de memoriales solicitando plazas en el Instituto, se trasladó éste á edificio más capaz, á la casa y calle del Pez (hoy de nueva planta), el 17 del mismo mes; el número de alumnos de *menor edad* fué el de ciento y de cincuenta el de los *observadores*.

En 1.º de Enero de 1807, figura D. Francisco Amorós como Director militar y económico. En 7 de

Agosto del mismo año, Godoy aprueba una nueva organización del Instituto, redactada por Amorós, en la que se le confía la dirección, poniendo bajo sus órdenes á los verdaderos fundadores. En los primeros días del año 1808 tuvieron lugar los exámenes con resultados satisfactorios. Y, á pesar del éxito, Godoy, por un Real decreto fechado en 13 del mismo mes y año, que tuvo efecto el día 18, declaró cerrado el establecimiento después de catorce meses de existencia. Tal es, á grandes rasgos, la vida del Instituto.

Sería muy interesante completar la historia del movimiento pestalozziano en España y la de los establecimientos de Madrid, Tarragona y Santander. Sobre este último extremo hay mucho hecho y no faltan fuentes y documentos. Pero juzgamos mucho más interesante todavía el averiguar el influjo que esta obra pudo ejercer en la sociedad de aquel tiempo. Nos induce á ello el gran número de libros y folletos, de carácter pedagógico, muchos de entre ellos con un marcado sabor rusioniano y pestalozziano, que en aquella época se publicaron (tales como planes de regeneración, de educación del niño, popular, novelas morales, etc., etc.), que demuestran claramente la existencia de una gran masa de opinión preocupada con las nuevas teorías pedagógicas que aparecían por entonces en Europa y deseosas de una aplicación inmediata á la educación nacional. También lo sería—y esto nos lo sugiere el ver figurar en la lista de discípulos del Instituto á personas tan conocidas como D. Guillelmo (*sic*) Jaramillo, maestro de Madrid, á D. Vicente Naharro, también maestro de Madrid y autor de un arte de leer y escribir, muy en boga en aquella época, D. José Mariano Vallejo, notable matemático, entre otros—el estudiar las vi-

das y obras de todos estos personajes, por si su corta permanencia en el Instituto tuvo algún resultado práctico. Pero téngase presente que el influjo de Pestalozzi no termina en España, como supone M. Compayré, el día que Godoy decreta la clausura del *Instituto* de Madrid: se continuó durante todo el siglo XIX y dura aún. Y si el primer intento fué de corta duración y no dió resultado alguno, cosa que nos permitimos dudar por los motivos que apuntamos más arriba, seguramente, si se sigue el movimiento pedagógico de España hasta nuestros días, encontraremos manifestaciones pestalozzianas más ó menos profundas; así, por ejemplo, y entre estas últimas, no titubeamos en incluir, en alguno de sus aspectos, la labor pedagógica de Montesinos. Pocos años después de su vuelta de la emigración á Londres y á la isla de Gersey, publicó su *Manual para los maestros de escuelas de párvulos*, y, dato digno de estima, uno de sus capítulos, el que trata de las «Lecciones de objetos», está tomado, según propia declaración, del libro del mismo título del Rev. Mayo. (Véase la pág. 97 de este trabajo).

La índole de esta obra no nos permite extendernos en más consideraciones; esperamos que no han de faltar entusiastas y eruditos que estudien y completen este interesante capítulo de nuestra pedagogía nacional.—*N. del T.*

BIBLIOGRAFÍA

Advertencia.—Esta nota difiere bastante de la del original francés, pues se han suprimido algunas obras, á nuestro juicio de escaso valor informativo, y se han añadido otras, como las españolas, que en aquél no se mencionan. Las iniciales M. P. indican que las posee la Biblioteca del Museo Pedagógico Nacional.

Bibliografía pestalozziana

Israel (August). — *Pestalozzi-Bibliographie. Die Schriften und Briefe Pestalozzis nach der Zeitfolge Schriften und Aufsätze über ihn nach Inhalt und Zeitfolge.*—Berlín, A. Hofman und Comp. 1903-1904. Tres volúmenes en 4.º (tomos XXV-XXIX y XXXI de la obra «*Monumenta Germaniæ Pædagogica*» que dirige Karl Kehrbach.—Tomo I: «Die Schriften Pestalozzis»; tomo II: «Die Briefe Pestalozzis»; tomo III: «Schriften und Aufsätze über Pestalozzi».—M. P.— (Es la bibliografía más completa. Comprende, no sólo el catálogo de sus obras, sino el de toda clase de do-

cumentos, noticias, escritos, correspondencia, etc., referentes á Pestalozzi. La parte española es deficiente).

Hunziker (O.)—*Katalog der Bibliothek des Pestalozzianums in Zurich*.—Zurich, 1895. (Con varios suplementos; el IV corresponde á 1901). M. P.—El doctor Hunziker, autor de muchos estudios acerca de Pestalozzi y profesor de Pedagogía en la Universidad de Zurich, es el Director del *Pestalozzi-Stübchen* (Museo Pestalozziano), dependiente del *Schweizerische permanenten Schulausstellung* (Museo pedagógico suizo), fundado en 1879. Está dedicado exclusivamente á Pestalozzi y todo lo que con este pedagogo se relaciona: libros, objetos, material, etc. Desde 1880 viene publicando una revista bimestral, «*Pestalozzi-Blätter*», que en 1904 se ha hecho mensual con el nombre de *Pestalozzianum Mitteilungen der Schweiz. Permanenten Schulausstellung und des Pestalozzistübchens in Zurich*.

Musée Pédagogique et Bibliothèque Centrale de l'Enseignement Primaire.—*Catalogue des ouvrages et documents*.—Paris, Imprimerie Nationale. 1886-1889. 3 tomos, 4.º mayor. M. P. (La Biblioteca del Museo Pedagógico de París posee una de las colecciones pestalozzianas más completas, reunida por M. Rapet y adquirida por el Museo en 1880).

Sallwürk (M. de).—*Zur Pestalozzi-Litteratur*. (Véase el núm. 43, de 1897, de «*Deutschr Blätter für erziehenden Unterricht*»). M. P.

Obras de Pestalozzi

Pestalozzis Sämmtliche Schriften.—Stuttgart und Tübingen, in der J. G. Cottaschen Buchhandlung 1819, bis 1826. 15 tomos. (La 1.^a edición completa; se hizo por suscripción pública, que se elevó á 100.000 francos, de los cuales 50.000 le correspondieron á Pestalozzi, según contrato).

J. H. Pestalozzis Ausgewählte Werke. Mit Pestalozzis Biographie, herausgegeben von Friedeich Mann. Langensalza, Hermann Beyer und Söhne.—1897.—M. P. (Tomos I, II, III y IV de la «*Bibliothek pädagogischer Klassiker*»). (Esta edición contiene sólo las obras más importantes, tomadas de los documentos originales).

Pestalozzis sämtliche Werke. Herausgegeben von Dr. L. W. Seyffarth.—Liegnitz, C. Seyffarth, 1899-1902. 12 vols., 8.^o—M. P. (La primera edición de esta obra se publicó en Brandenburg a. H. por Muller, de 1869 á 1873. 18 tomos en 8.^o (Única edición completa).

Pestalozzi (Juan Enrique).—*Cómo Gertrudis enseña á sus hijos.* Traducida y anotada por José Tadeo Sepúlveda.—Leipzig, «*Biblioteca de la Familia y de la Escuela*», F. A. Brockhaus 1891. Un vol. en 4.^o. Con el retrato de Pestalozzi. Precio 3 pesetas.—M. P.

— *Leonardo y Gertrudis.* Obra escrita en alemán y traducida por Juan O. Monasterios.—Leipzig «*Biblioteca de la Familia y de la Escuela*», F. A. Brockhaus, 1888. Un vol. en 4.^o. Precio 3 pesetas.—M. P.

(No citamos más traducciones que estas dos únicas españolas, editadas en Alemania con destino á las Repúblicas hispano-americanas).

OBRAS ACERCA DE PESTALOZZI (1)

Españolas (2).

Chavannes (Dan. Alex.)—Exposición del método elemental de Henrique Pestalozzi, con una noticia de las obras de este célebre hombre, de su Establecimiento de educación, y de sus principales cooperadores. Traducida al castellano por D. Eugenio de Luque.—Madrid: Imprenta de Gómez Fuentenebro. 1807.—Un vol. en 8.º Con un retrato de Pestalozzi y tres grabados en acero.—M. P. (De escaso valor).

Á *Enrique Pestalozzi*.—*Oda*. Por el excelentísimo señor duque de Frías.—M. P.

Vida y obras de Pestalozzi, por D. P. P.—Madrid. Imprenta de D. Victoriano Hernando, 1862, Un volumen en 12.º—M. P.

Jullien (Marc-Antoine).—*Exposición del Sistema de educación de Pestalozzi*. Traducida por D. A. M. M. P. y anotada por D. F. Merino Callesteros.—Madrid, Villaverde, 1862. Un vol. en 4.º Precio 3,50 pesetas.—M. P.

Carderera (D. Mariano).—*Diccionario de Educación y Métodos de Enseñanza. Tercera edición*.—Madrid, Hernando, 1883-1886. Cuatro vols. en 4.º (Tomo IV:

(1) Ténganse en cuenta las que se citan en las notas.

(2) Véanse además las que se citan en el *Apéndice*.

«Pestalozzi; Método de Pestalozzi; Pestalozzi y Fröbel».—M. P.

Labra (D. Rafael María de).—*Pestalozzi y Fröbel*. (Dos artículos publicados en el «Boletín de la Institución libre de Enseñanza, tomo XI, año 1887). M. P.

Prado Labad (D. Vicente).—*Apuntes biográficos pedagógicos*. Soria, Imprenta y Librería de V. Tejero, 1901. Un vol. en 12.º—M. P. (Dedica 7 páginas á Pestalozzi).

Pinloche (A.).—*Pestalozzi y la educación popular moderna*.—París, Viuda de Ch. Bouret.—M. P.

D. Rufino Blanco y Sánchez, Regente de la Escuela graduada, aneja á la Normal de Maestros, tiene en estos momentos en preparación y próxima á publicarse, una obra con el título siguiente: *Pestalozzi.—Su vida y sus obras.—Sus principios pedagógicos.—Pestalozzi en España*.

Alemanas y Suizas.

Morf (H.).—*Zur Biographie Pestalozzis. Ein Beitrag zur Geschichte der Volkserziehung*.—Winterthur, Bleuler-Hausheer und Co. 1868-1889.—M. P. (La obra más completa y documentada acerca de la vida de Pestalozzi).

Raumer (K. von).—*Geschichte der Pädagogik*.—Stuttgart, 1878-1882. Cuatro vols. en 8.º—M. P. (El tomo II dedica un capítulo de más de 100 páginas á Pestalozzi. Estudio muy bien hecho. Raumer fué amigo de Pestalozzi y pasó varios meses en Yverdon).

Hunziker (Otto).—*Geschichte der Schweizerischen Volksschule*.—Zurich, 1881-1882. Tres vols.—M. P. (Véase el tomo II, pág. 73 á 121).

Scherer (H.).—*Die Pestalozzische Pädagogik*.—Leipzig, Braudstetler, 1896. Un vol. en 4.^o—M. P.

— *Die Pädagogik vor Pestalozzi*.—Leipzig, Braudstetler, 1887. Un vol. en 4.^o—M. P.

Rein (W.).—*Encyklopädisches Handbuch der Pädagogik*. Langensalza, Beyer und Söhne, 1898.—M. P. (Véase el tomo V, págs. 310 á 371: *Pestalozzi*).

Gundert (E.).—*Johann Heinrich Pestalozzi*. (De la «*Geschichte der Erziehung vom Anfang an bis auf unsere Zeit*», de K. A. Schmid.—Stuttgart, J. G. Cotta, 1898. Tomo IV).—M. P.

Francesas.

Guimps (Roger de).—*Histoire de Pestalozzi, de sa pensée et de son œuvre*.—Lausanne, 1874.—M. P.

Guillaume (J.).—*Pestalozzi. Etude biographique. Avec un portrait de Pestalozzi*.—Paris, Hachette et C.^{ie} 1890.—M. P. (M. Guillaume es autor, también, del artículo *Pestalozzi* del *Dictionnaire de Pédagogie*, de M. Buisson. Primera parte, Tomo II).

Pinloche (A.).—*Pestalozzi et l'éducation populaire moderne*.—Paris, Alcan, 1902.—M. P.

Inglesas.

Mayo (Rev. Dr.).—*Lectures on the life of Pestalozzi*. London, 1850.

Barnard (Henry).—*Life, Educational Principles and Methods of John Henry Pestalozzi*.—New Yor, 1859.
Un vol. en 8.^o

Krussi (H.).—*Pestalozzi, his Life, Work and Influence*.—New York, 1875,

Quick (R. Hebert).—*Educational Reformers*.—New York, 1893.—M. P.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo	v
I.—Introducción	1
II.—Juventud de Pestalozzi	6
III.—Neuhof	15
IV.—Pestalozzi escritor.—Stanz	23
V.—Burgdorf.—Yverdon	34
VI.—Método y procedimientos	55
VII.—El pestalozzianismo	89
VIII.—Pestalozzi como escritor y como hom- bre	107
Apéndice	125
Bibliografía	131

